

ALFREDO MORALES.

BOSQUEJO

POLITICO-SOCIAL.

SANTO DOMINGO

IMP. LA CUNA DE AMÉRICA

1907.





27499



BN
972.93
M 8286
C.2

BN
972.9
M 8286
C.2

PORTICO.

Asistimos al desenvolvimiento de una pujante producción, tanto más digna de estudio y de análisis, cuanto que es reveladora de un florecer próximo de las letras nacionales, no ya para diluir en rimas vulgares sentimientos postizos, sino para retemplar en prosas, serenas ó caldeadas, el alma perseguidora de ideales, que sueña con el triunfo definitivo de esta augusta trinidad social: la verdad en la ciencia, la justicia en el gobierno de los pueblos, y la belleza en el arte.

El libro de Alfredo Morales, es un libro de fiera lucha, en el cual se puede, rastrean-

018682



do en nuestros orígenes, estudiar toda la psico-sociología patria.

Arranca, sin decirlo, de los días de la Independencia, y va derechamente á fustigar todo el proceso de nuestra vida pública.

Como acontece con la mayoría de los escritores que sostienen una tesis, y á ella se aferran, el autor de este libro exagera hasta el punto de no admitir que se le discuta. Mas, ¿se le podrá reprochar semejante manera de interpretar un hecho social cualquiera, ya que es resultado de una especulación honrada de su entendimiento? ¿No demostrará ello una devoción profunda á la verdad por él entrevista?

¡Quién sabe! Acaso tenga él derecho á reclamar para sí estas palabras que, á propósito del implacable censor de las costumbres romanas, escribiera Pierron: «Juvenal lleva deliberadamente hasta el exceso... la mordaz hipérbole. Censurémosle, enhorabuena, el que haya en demasía querido asombrar, subyugar al lector, y también su pretensión constante de alcanzar el mayor efecto posible; pero no neguemos, contra la evidencia, una

indignación que se desborda en tan terribles y magníficos arranques ».

*

Aunque la obra se compone de diversos capítulos, su unidad es tal, que es inútil separarlos y de cada uno hacer un análisis especial. De ahí su fuerza. De ahí el valor representativo que mañana mejor que hoy, tendrá en nuestra bibliografía. Y si como decíamos antes, ese libro entronca en los días que subsiguieron á nuestra emancipación, y por lo mismo que la historia social y política de la República en nada ó en muy poco ha variado, los hechos constitutivos de nuestro organismo nacional, los ha vivido el autor, y, al apreciarlos, raras veces se equivoca.

No ha necesitado el enérgico escritor recurrir á los métodos, ya en desuso, de los viejos tratadistas de la filosofía de la historia en sus investigaciones: el método propiamente histórico, á las veces; el método comparativo, en ocasiones.

Adivinó nuestro autor que únicamente hay un método que consiste, en el que todo hom-

bre lleva interiormente, á saber: conocido el hecho y las circunstancias que lo produjeron, juzgarlo de acuerdo con la verdad que está en nuestro entendimiento...

*

¡Cuán doloroso el vía - crucis recorrido por el pueblo dominicano durante más de sesenta años de vida independiente! Ni tregua en la lucha, ni amortiguamiento en los odios... Diríase que hemos convivido con los réprobos del infierno dantesco. . . Se necesita la encendida fe de los mártires y la grandeza de los primeros apóstoles, para no desesperar de un mundo tan lleno de horrores... Y se explica, entonces, la ira del observador social en presencia del monstruoso cuadro; y porque «no personaliza, y porque no se hace historiador de depravaciones», la pluma de ese observador se convierte en látigo, y el pensamiento, en irritación sublime, adquiere la sagrada fuerza que ha inmortalizado en el tiempo tantos nombres.

Alfredo Morales, teniendo delante de los ojos un horizonte sin amplitudes, estrechado

por el medio, arranca el vuelo como un águila para ver desde la altura los males en triunfo aparente, y lanza el anatema, sin aspirar por eso « á ser historiador de depravaciones ».

*

No nos creemos obligados al ditirambo. No conlleva abdicación del pensar del crítico (por que crítico, en la alta acepción del término, es el prologuista de toda obra) ante el criterio del autor de esa misma obra. No. Lo contrario sí revelaría ausencia de sinceridad, servilismo mental, y una á modo de renuncia de la voluntad que, ni realza al que momentáneamente le favorece, y como galardón sólo obtiene quien le alaba sin escrúpulos, cuando menos, el olvido de los más...

Por la pluma indignada de Morales pasan los sucesos y los hombres, deteniéndose más en estos últimos para juzgar de sus acciones con espíritu condenatorio. Quiere ver en el Padre Billini, por ejemplo, un bueno, pero rechaza los medios que puso á contribución para realizar la labor meritoria y útil que todos hemos aprovechado.

Ataca la gran institución social (divina para nosotros) que se llama la Iglesia Católica, sin fijarse en que se coloca, cual un sectario, en aquel punto en que solamente se ve una cara del grandioso edificio; y claro es que al romperse la unidad del todo, alguna sombra había de proyectarse.

Testigos desapasionados, pero justicieros del fugaz Gobierno del ciudadano Carlos F. Morales L., podemos decir que este Magistrado llevó al Palacio Nacional la más viva fé en los futuros destinos de la nacionalidad... Y porque refleja honra para su nombre histórico, es deber de los que sólo tememos á la mentira, proclamar que su caída obedeció á extrañas combinaciones que su poderosa voluntad no pudo anonadar. Talvez, en días no remotos, nos toque escribir la historia de aquella honrada administración...

*

¿Cómo buscar en un libro de combate gallardías de lenguaje ni magnificencias de estilo?

Su belleza toda está en el pensamiento; es-

tá en la médula, en el propósito, en toda la robusta armazón levantada por el escritor.

Corre atropellada y violenta la frase buscando algo que herir, y cuando encuentra un obstáculo, restalla y vibra á la manera de una espada fulgurante esgrimida por mano poderosa.

Volved, lectores, esta página, y allí encontraréis, en pie, frente al altar ensangrentado, al noble escritor en actitud de airada protesta.

ANDRES JULIO MONTOLIO.

FOR QUE?

El 6 de abril del año pasado presenté al Congreso Nacional una Moción sobre *la inviolabilidad de la vida* por causas políticas.

Me impulsaron á ello, la indiferencia con que se han visto siempre el fusilamiento i los atropellos individuales, i el creer que si los que están obligados á oponerse á tales desafueros, lo hicieran con el valor del deber acrisolado, se realizaría un cambio en el movimiento políti-

co-social: cambio cuyos provechosos resultados se palparían inmediatamente en las distintas faces de la vida nacional.

Los señores diputados combatieron decididamente mi Moción, aunque con argumentos, no tan solo hueros, sino también con rastros de inmoralidad. No es posible argumentar contra la lei sustantiva, apoyándose en el relájo del medio, sin que tal cosa se haga fuera de la razón i la moral.

Existe una especie de liberales cuya labor está ya tan vieja como gastada. En Francia, en los días de la Revolución, los motejaron de *pancistas*. Puede llamárseles los eternos aspirantes, frase que envuelve asimismo la idea de medro personal.

Estos liberales, que sólo enarbolan su bandera de combate cuando no están aferrados á la cosa pública, fueron los primeros en desaprobarme mi Moción, i llegaron en su impura ceguedad al extremo de considerarla aviesa i subversiva para el

orden público. I la mayoría la aplazó indefinidamente por «ineficaz é inoportuna».

Esto, en el seno del Congreso.

Afuera, en los bancos de la plaza, i en los pasillos del Palacio de Gobierno, los subvencionados, los incondicionales todos, gruñeron, rabiaron.

Pude entonces medir hasta donde llega el cieno en el medio político en que se mueve el elemento ministerial; estudié como se corrompen los contados individuos de probidad que ascienden al poder; aprendí que los males que afligen al pueblo i gravitan con peso imponderable sobre la República, tienen su origen en el gobierno, en la autoridad, en todo ese conjunto de funcionarios que constituye los llamados poderes del Estado; pude ver con exactitud que la ambición, aguijoneada por los limosneros de palacio, por los covachuelistas sin voluntad, por los autómatas de todo linaje, es cuasi la única fuerza impulsora de la administración



pública; observé entonces que los intereses particulares embrollan i desconciertan el equilibrio social i producen la enfermedad crónica que consume las energías i la vida del país.

Las causas del mal radican en los gobernantes: los gobernados están exentos de culpa i de responsabilidad.

Hé ahí por que' ve la luz pública este pequeño volumen, incorrecto i sin aliño, pero animado por un noble espíritu de bien, por un vivo anhelo de grandeza para la patria que soñaron Duarte, Billini i Espaillat.

*

La verdad, dicha sobriamente, irradia: es un sol; expresada con desnudez, abraza: es un cauterio. Sin embargo, aun cuando crispa á fuerza de herir, ilumina en lo más escondido del alma.

El que lea estas páginas recorrerá una senda espinosa, triste, caldeada como las borrosas vías del desierto, i quizás sienta

algún pinchazo semejante á un íntimo remordimiento.

Somos tan ocasionados á desviarnos de la línea recta, que no es difícil tener que volver los ojos al cielo á cada instante para iluminar nuestros pasos. A menudo sangran nuestros pies, cortados por los guijarros del camino; pero cada niebla en cuyo seno pueda descarriarse el viandante ó naufragar la nave, encierra una enseñanza. Cada gota de sangre derramada envuelve una experiencia, i lo pasado es claro espejo de lo presente i sabio maestro de lo porvenir.

Las lágrimas, el luto, los desengaños, las hondísimas llagas abiertas en nuestra vida social, han de enseñarnos la ascensión al bien.

Nuestra existencia es una ficción, una mentira. No se distinguen las personas, ni las cosas, ni los hechos. No nos conocemos los unos á los otros ni se llaman los actos por su propio nombre.

Obscurecida la realidad, diríase que se

han invertido las leyes sociológicas i que los fenómenos sociales se desarrollan en sentido contrario. I se ha llegado á creer que la verdad no es la verdad, que el error no es el error, i que lo que siempre ha sido un mal, es un medio eficaz para alcanzar el mejoramiento común.

Hé ahí por lo que es necesario desen-
capotar el medio i escribir, escribir i es-
cribir. Debe hacerse que la idea sea una
campana sonora perennemente echada á
vuelo, i que su intenso sonido, cruzando
en todas direcciones, choque á cada se-
gundo en cada tímpano i penetre sin ce-
sar en todos los cerebros.

Hai muchas brumas que disipar, i para
eso hemos menester «luz, luz, más luz...»

INVIOLABILIDAD DE LA VIDA.

CIUDADANOS DIPUTADOS: *

Voi á copiar algunos párrafos que vienen en armonía con el propósito de estas líneas.

« Amo la verdad, la digo y quiero escucharla por amarga que ella sea. El Poder Ejecutivo que presido se inclinará respetuoso ante todos los derechos que la Constitución garantiza á los dominicanos,

* Moción presentada al Congreso Nacional en la sesión del 6 de abril del 1906.

y hará cumplir todos los deberes. Por cima de todas las cabezas brillará niveladora la espada de la Ley».

«La mirada del observador advierte que desde los primeros días de la República, la mengua de los principios democráticos no se debe al desamor del pueblo, sino á leyes ineluctables del atavismo y del medio, y á la indiferencia de una clase dirigente pobre de civismo».

Habla el presidente Cáceres, cuya breve historia honra i enaltece á los dominicanos.

I sigo copiando ahora algunos pensamientos de la profesión de fe que en materia de política le proponía el actual ministro de lo Interior i Policía al general Horacio Vásquez, en una serie de artículos intitulados Recordando, insertos no hace mucho en el Listín Diario. De entonces acá han transcurrido solamente cuatro años escasos: fué en el 1902.

«Procure vuestro gobierno obrar acertadamente, con arreglo á la ley, y esté

fuertemente prevenido en contra de las manifestaciones de hecho que puedan tener efecto con el fin de derrocar su legítima autoridad, confiado siempre en que si sus actos son buenos, no faltará quien los defienda, y deje que cada cual diga lo que sienta».

«Mucho más fácil es que los que vienen á gobernar, como escogidos entre los que más sobresalen, sepan la misión que deben desempeñar, ajustando todos sus actos á una moralidad completa, educando al pueblo con su ejemplo, para que pueda llegar mañana, una vez redimido, á ser árbitro de sus destinos, pudiendo entonces oponerse enérgicamente á las invasiones de los mandatarios aventureros, si alguno de ellos llega engañosamente al poder».

«Cada un funcionario público es un representante del querer social, y no debe transgredir el ejercicio de sus funciones atribuyéndose un poder despótico con el cual no pudo haber sido revestido».

Aquí termina el ministro. Llamo la atención sobre todo al último párrafo, el cual, por el fondo que encierra, por el espíritu de liberalismo que lo anima, no parece sino que salió de la pluma de un liberal convencido. I los dos anteriores lucirían en boca de un hombre de bien, de uno de esos dignos ciudadanos que se afanan por el cumplimiento de las leyes i por ver establecidas en la República aquellas costumbres que sólo son propias de los pueblos cultos.

Transcribo en seguida algunas opiniones emitidas por un notable hombre público en la sesión de la Asamblea Nacional de fecha 4 de marzo del 1874, con motivo de la Constitución política que se dictó en aquella época. Copio de las actas de dicha Asamblea, sin alterar su texto en lo más mínimo. Sólomente me he permitido intercalar dos paréntesis en los párrafos copiados, para mayor claridad de las ideas en ellos contenidas.

«El diputado Tejera aprobó la moción

fundándose en que la pena de muerte ha sido funesta para el país, dando fuerza á las tiranías que se han levantado en él; porque es indebido castigar con la última pena lo que sólo es crimen según las opiniones del momento, y puede ser virtud digna de las mayores recompensas si alcanza el triunfo; y porque casi todos los gobiernos contra quienes se toman las armas, han dado lugar á ello con sus arbitrariedades y sus faltas á la Constitución, cuya observancia se encomienda al valor y patriotismo de todos los dominicanos».

«El diputado Tejera le objetó (á los de opinión contraria) que en la República había estado siempre en vigor la pena de muerte y no por eso había dejado de haber revoluciones; porque las revoluciones son la única pena que tienen los gobiernos que, faltando á la Constitución, se erigen en tiranos, y no es justo imponer la muerte al que tomó las armas en defensa de sus derechos, para asegurar la impunidad del que los holló».

«El diputado Tejera tomó nuevamente la palabra y en un largo razonamiento hizo la enumeración de los diversos casos en que el Gobierno anterior había faltado á la Constitución y en que había otras tantas veces dado lugar á justas revoluciones, en virtud del deber encomendado al valor y patriotismo de todos los dominicanos de velar por sus cumplimientos».

«De ahí concluyó que la pena de muerte por causas políticas, que tan á menudo se aplicó en esa época («los seis años de Báez»), lo fué injustamente, como lo ha sido y lo será siempre, pues fuera del mismo pueblo no hay otro juez que pueda sentenciar á los gobiernos tiránicos. En esto fundó su opinión de que quedase enteralmente prohibida».

Hé ahí, ciudadanos diputados, como se expresaba don Emiliano Tejera en aquellos tiempos, defendiendo la inviolabilidad de la vida por causas políticas.

Permítaseme copiar algo del señor ministro de Fomento.

«Para los conservadores y pesimistas el esfuerzo, la fe, el ineludible progreso y la verdad de los principios del derecho, son cosas que poco valen y que poco pueden en las sociedades».

«Así como es imposible detener la marcha del sol, olvidan ellos que es imposible detener la marcha de las ideas que representan el mejoramiento social. Sólo agrada á los conservadores el *statu quo*, no importa cuantos males represente. Para ellos el esfuerzo, el poder de la razón y la fuerza del derecho, son cantidades que nada suman».

«El partido *horacista* ni ningún partido puede dejar de propender á todo lo que sea justo y conveniente para los asociados á la vista del derecho».

Hasta aquí el ministro.

Estos argumentos, que abogan por la organización de un partido político constituido al amparo de cuanto es bueno, justo, equitativo i engrandecedor para un régimen gubernativo, los he tomado de

El Periódico; están suscritos por F. L. V., i creo que el Lcdo. Francisco Leonte Vásquez no les negará su paternidad.

Del ministro de Hacienda, señor Federico Velásquez H., no copio nada, porque nada tengo á la mano de lo mucho i mui bueno que hai de su puño i letra acerca de libertades i principios.

Además, su vida pública es ya bastante conocida, i de ella se deduce que el señor Velásquez es uno de los dominicanos más amantes de la justicia.

*

Si los políticos piensan lo que dicen, si dicen lo que sienten, si llevan al terreno de la práctica lo que predicán i si no se engañan á sí mismos ni pretenden engañar á los demás, con poco esfuerzo le devolveremos todo su esplendor al artículo undécimo, párrafo primero de la Constitución:

«La Nación garantiza á los dominicanos:

Primero:

La inviolabilidad de la vida por causas políticas».

Digo que le devolveremos su esplendor á la mencionada garantía, porque ella ha sido hollada por el sable de los guerrilleros i obscurecida por la ceguedad de las contiendas civiles. I no debemos disimular ocasión que se presente para significar nuestro desacuerdo con las barbaridades pasadas, las presentes i las que tal vez oculte adverso porvenir. Del levantamiento del presidente Morales L. hasta la fecha, las autoridades han fusilado i matado á mansalva numerosos ciudadanos.

En el Ingenio Quisqueya, jurisdicción de San Pedro de Macorís, fueron fusilados dos individuos: uno de ellos, joven que apenas contaba quince años; en el Seibo fueron fusilados dos: uno de ellos nombrado Bernardino Rondón; en Hato Mayor se fusiló uno; en Sabana de la Mar se fusilaron dos, uno de los cuales, Salvador Puig, era español; en Barahona

fué fusilado, entre otros i por orden del gobernador de aquella provincia, el señor Manuel Torres. I en todos los puntos del país se han cometido idénticos escandalosos desafueros, que sería prolijo enumerar.

Ciudadanos diputados: el espíritu desfallece cuando se piensa en tantas vidas como ha segado la hoz de la más burda i criminosa ignorancia, i en las consecuencias que de tales actos se desprenden.

Terminada la última revuelta, el gobierno podrá decir: «la paz reina... en las tumbas». I mientras muchas familias gimen i visten de luto, agobiadas por negra pesadumbre, los que asaltaron el poder á fuego i sangre, se sostienen en el poder «con el fuego i el hierro».

No basta que un gobierno vea llenarse las arcas nacionales al saludable influjo de la honradez en el manejo de los fondos públicos; necesario es, absolutamente necesario, que no se atropellen injustamente los derechos del ciudadano, ni se

tronche la vida del hombre como se siegan las espigas maduras en el campo.

De nada sirven las economías introducidas en la Hacienda, si los continuos atentados á las garantías individuales arman al ciudadano contra el orden legal establecido, i en la lucha entablada por la conquista de los derechos conculcados consume el Estado cuanto había reunido laboriosamente en las cajas del tesoro nacional.

La vida i la dignidad del hombre, tomadas en su verdadero significado, lo constituyen todo: son la existencia misma. La propiedad no es más que un accesorio, un medio, una condición necesaria del existir.

Si los gobernantes se equivocan con frecuencia i á menudo van al fracaso, es porque no observan, ú observan muy poco, los fenómenos sociales.

El segundo gobierno provisional presidido por el austero general Vásquez, cuya administración económica rayó en lo

ridículo á fuerza de escrupulosa i exacta, se vino al suelo á pesar de la tenaz resistencia con que empezó á sostenerse, por haber sido cimentado sobre un régimen de pura fuerza; i el gobierno cuasi civil del señor Juan Isidro Jimenes se había desplomado poco antes á causa de las odiasas maniobras del peculado.

La mayor parte de las violaciones á que hago referencia se realizaron antes de febrero último, i en ninguna de las memorias en que el Ejecutivo da conocimiento de sus actos al Congreso, aparece nada que se relacione con tales hechos. Es por eso por lo que advierto á esta cámara que los ministros de lo Interior i de Justicia deben darle á ella cuenta cabal de cuanto se relacione con las violaciones que acabo de denunciar.

Si no paramos mientes en tan funestos ejemplos, pronto dará la represalia los más amargos frutos, i el dicho de las Sagradas Escrituras se cumplirá: «ojo por ojo i diente por diente». I se converti-

rá el suelo de la patria en un vasto campo cubierto de sepulturas.

No he traído estas cuartillas al seno del Congreso Nacional guiado por pasiones políticas, sino impulsado por sentimientos de bien para la nación. La causa que defiendo es justa. Tengo el íntimo convencimiento de que esta voz de alerta, aunque desagradable, redundará en beneficio de los hombres que hoy tienen las riendas del poder. La verdad es una i necesaria: hace resplandecer los acontecimientos, i si siempre fuera dicha sinceramente i á tiempo, no sería menester despejar los hechos de la obscuridad con que á veces los rodea el extravío de las pasiones.

Sé que se alzaré el dedo de los menguados para señalarme calumniosamente por enemigo del gobierno, ó para tacharme de claudicante; pero yo sabré responder con la lealtad de mis procedimientos á los que se vuelvan contra mí guiados quien sabe por que injustos i necios motivos.

I termino deseando que mis estimados colegas se acerquen un poco más al parlamentarismo, es decir, que se descentralicen un tanto de los demás poderes del Estado, á fin de que el Congreso Nacional obre con libertad completa, como cuerpo independiente, sacudiéndose de toda influencia exterior, para que el pueblo no pueda acusarlo mañana de odiosas complicidades.

PARASITISMO POLITICO.

I.

Con motivo de la Moción que ocupa las primeras páginas de esta obrita, los áulicos lanzaron un prolongado quejido; quejido que participaba al propio tiempo del temible rugir de las fieras i del medroso aullar de los lobos.

Hijos del medio, que les da vida i los alimenta, son mui hábiles en cuestiones de superchería i de impostura. Lo que alojan en el pecho, en vez de corazón, es la envidia en la espantosa forma de Me-

dusa. De espíritu mezquino, pervertidos por el hábito de arrastrarse, se espantan, como la lechuza herida por la luz, cuando se sacan á la publicidad los crímenes de que ellos mismos son cobardes cómplices.

Enemigos conjurados de la verdad, no conciben que nadie pueda decirla ni ponerse al servicio de ella.

Pero..., ¿en la misma política de gabinete, no hai demasía i sobrada pequenez?

Cuando vino abajo el tirano, todo el mundo creyó que al caer aquel hombre, había rodado, hecho polvo, el falso edificio de su arbitraria administración. Pero los hechos han demostrado lo contrario. Presidente ha habido que al jurar con toda solemnidad la Constitución del Estado, resonaba aún el eco fatídico de flagrante fusilamiento consumado dentro de la misma capital. Entonces se imitaron las escenas de los tiempos de Lís. No estaban todavía descompuestos los cuerpos que mancharon con su sangre aquel

juramento i proclamaron sombríamente su mentira, cuando la sociedad le dedicaba aparatosos bailes i deslumbrantes discursos laudatorios al que, por un favor de la fortuna, ocupaba la primera magistratura de la República.

Muchos hombres de la escuela del tirano, que pasaron á formar parte de los gobiernos liberales (así se han apellidado los gobiernos después de la caída de Lili), continuaron con su vieja librea de lacayos del servilismo, i, con anuencia mui expresa de los nuevos gobernantes, revivieron los perniciosos principios de la pasada opresión. I los liberales que brotaron por las brechas abiertas en el pecho de la tiranía, no sólo consintieron en codearse con los peores mandatarios de aquel régimen despótico, sino que, á pesar de todo, copiaron sus funestas máximas, creyéndolas propicias al sostenimiento del poder.

I todas estas claudicaciones son más abominables cuando se realizan á nombre

de los principios i bajo la egida protectora de la libertad. Pecar, confesar el pecado i declararse culpable, es menos indigno que pecar, negar la falta i pretender que la obra mala es buena.

Decía que los áulicos...

La lepra viene penetrando en la parte física del pueblo, desde hace tiempo, i ya las influencias de tan terrible ma! se propagan hasta los más íntimos sentimientos del ciudadano. El hediondo lamparón está, en la capital de la Hispaniola, debajo de los laureles del Parque. Echa sus ramificaciones por los paseos, los cafés, los casinos...; pero donde se manifiesta en todo su horror la purulencia de la contagiosa epidemia moral, es en el Palacio de Gobierno, en el viejo palacio de las sutiles infidencias i las groseras traiciones, donde la adulación i el artificio han levantado montañas de podredumbre; donde el interés i el nepotismo han dejado á la patria espantosamente despojada.

Pero un día no lejano, la juventud, ins-

pirada en sentimientos de justicia, echará abajo ese podrido edificio i levantará otro nuevo construido con principios de equidad, de igualdad, de libertad.

La política menuda tiene infinidad de estrechas i tortuosas veredas por donde únicamente pueden penetrar felones i correveidiles, odiosos personajes que aparentan destreza i habilidad en rastrear al enemigo, descubrir ocultos propósitos i representar esa comedia que continuamente ponen en escena los políticos ambiciosos, para rivalizar entre sí i disputarse el poder.

Tal es la poca honrosa misión de esa clase de gente, aunque puede decirse que sus engañosas gestiones son comunes á casi todos los que se aplican á la política en pueblos donde ésta no es la noble ciencia de que habla el Padre de la patria.

El hongo se da en lugares húmedos; se alimenta de miasmas i es de consistencia gelatinosa i blanda; el sicofante nace i crece en el relajó, se alimenta de la co-

rrupción i es tan escaso de solidez como el hongo. Si se comprimen el uno i el otro, ambos chorrean asquerosas inmundicias. Parásito es el ser que vive á expensas de otro. La hiedra arraiga en el muro, cuarteo, raja i derriba. Los áulicos del poder corroen i abaten los gobiernos á costa de los cuales se mantienen.

Se aferran á un personaje, lo acechan, lo asedian. Diríase que se incrustan en él, que se le adhieren como el pulpo i se lo chupan con los incontables tentáculos de que están armados. Verdaderas sedientas sanguijuelas, si se les desprende, dejan siempre la honda huella que imprimieron dolorosamente.

Su labia es ascosa como la baba del escarabajo; su plática tiene la fascinación i las mil maneras vueltas de la serpiente; i parece que su palabra abre brechas, como una mágica piqueta, en los cerebros mejor cultivados. Forman una especie de secta disociadora que destruye el or-

ganismo social, vicia las instituciones, malea los hombres i acaba por infiltrar sus venenosas influencias en toda una sociedad, del mismo modo que una epidemia contamina en corto tiempo una comarca entera.

Para sostenerse en su puesto pasan por todos los aprietos, por todos los sonrojos. Entremetidos i desleales, hai que vigilarlos con cien ojos. Si por ineptos se les echa de una covachuela ministerial, á poco aparecen en la contigua. Las reprimendas i regañadientes del superior producen en su ánimo poquísimo enojo, que encubren con alegre disimulo.

Censuran con acritud, levantando la voz, al bando político que fué vencido, para acreditar su servil lealtad con el que está en el poder. Visitan todos los días al caudillo, le llevan una porción de enredos i de intrigas, le cuentan chascarrillos, provocan su hilaridad, le limpian con fino pañuelo el sudor del rostro, le cepillan el traje, i luego se van satisfe-

chos de haber llenado su papel de comediantes. Entonces el jefe, si es cuerdo, hace una mueca despectiva, se encoge de hombros.

II.

«Escarbó la gallina i encontró el cucillo.»

Este que traigo aquí, que tiene la nariz demasiado larga, no ha menester que yo lo presente al público, que ya lo conoce como á sus propias manos. Tiene señas particulares que lo diferencian de los demás de la especie. A gran distancia se distingue perfectamente, aun cuando esté confundido en medio de la muchedumbre. Puede no verse, i, sin embargo, se sabrá si anda por ahí. Es de esos seres que para percibirlos basta un poco de intuición, i que, á ojos vistas, se conoce el

propósito que los guía, la esfera en que se mueven, las acciones para que son aptos, lo que prometen, lo que buscan, de donde vienen i adonde van.

Hai hombres océanos, ha dicho Víctor Hugo; hai hombres pantanos, ha dicho Vargas Vila. Necesario es decir: hai hombres letrinas; hombres hediondos, de contacto asqueroso i nauseabundo. Después de estrechar la mano de alguno de esos entes despreciables, es imprescindible irse uno derechito á un baño de agua perfumada. El genio ha producido frases que le vienen á pelo á esos miserables: he aquí una de ellas: «su bajaiza no da fondo».

El *homo sapiens* no deja de tener semejanza con los demás seres de la escala zoológica: quien se parece á la zorra; quien, al tigre; quien, á la pereza; quien, al mono. Este parecido puede manifestarse en la forma física ó en las inclinaciones interiores, i, en ocasiones, en una i otras á la vez. Los felinos aparecen en

la sociedad con traje de general, á dicho un escritor moderno. El cerdo, cuyo lecho común es el lodo; el topo, que vive á obscuras, abriendo surcos en el subsuelo; la tenia intestinal: estos animales deben tener su representación en el hombre letrina.

De apostura ridícula, zumbón, melencólico, sibarita, esclavo de la moda i con humos de elegante, se me antoja un marica pisaverde que tuviera entrada en las tertulias i reuniones de la buena sociedad. De pequeña talla i delgado como un espárrago, parece una caricatura de cuerpo de muñeco i cabeza de hombre.

Su pluma, puesta al servicio del tirano i de cuantos ascienden al Palacio de Gobierno, es el organillo con que suele sentarse á la escalera de los grandes á entonar el sempiterno estribillo de sus impúdicas adulaciones.

III.

Los áulicos han echado raíces en los tres poderes del Estado, i resisten en ellos contra el tiempo i las evoluciones sociales; resisten como el arrecife en medio de las olas.

Cosa extraña: progresan: han llegado á ser ministros, representantes del pueblo, magistrados, cónsules... ¿No escuchas, lector, una voz que grita desde la antigua Roma: «paso al noble tribuno Quilón Quilónides!»? La corrupción social, lo mismo en Roma que en una obscura república del Nuevo Mundo, siempre será una, á pesar de la caprichosa forma que le imprima el desvarío del hombre.

Serpentean para ascender, pero ascienden, i una vez arriba, son temibles. Ya están en el Palacio, en la casa de los infortunados. Ahora, antes que ellos desciendan, la intriga cavará surcos mui hondos, se empapará la tierra en sangre,

oprimirá el velo negro á muchas criaturas inocentes, i correrá con abundancia la fuente de las lágrimas. Silban al oído del reyezuelo el viejo *tú serás*, i fraguan planes cuyos resultados son la guerra civil.

Predican el *continuismo* tradicional. I como las mismas causas producen los mismos efectos, el mal aumenta á medida que las causas se multiplican. Si tales procedimientos produjeron determinados resultados, idénticos procedimientos producirán los mismos resultados.

No es necesario ser un rei Salomón para echar una ojeada á las convulsiones que han sucedido unas á otras en nuestra vida política, i palpar los resultados que han producido los viejos procedimientos. El antiguo sistema puede definirse, en lenguaje vulgar i lacónico: sostenerse en el poder á toda costa.

Esto encierra uno de los crímenes tradicionales que ha perpetrado el error á través de largas generaciones.

¿Qué es gobernar? Hai muchas definiciones para contestar á esta pregunta. Pero puede decirse, *latu sensu*, que gobernar es ordenar, dirigir. Si se gobierna bien, si se llenan debidamente las distintas funciones del Estado, la nación progresa, se engrandece; si se dirige con desacierto la cosa pública, la propiedad disminuye, la riqueza desaparece i la sociedad se aniquila moralmente.

Es un crimen incalificable llegar al poder á fuego i sangre (ni siquiera por el favor del voto), i disponer de vidas i haciendas al estilo de los jefes marroquíes.

Con un sistema de gobierno tan sencillo, al mismo tiempo que tan complicado, fácil es á los cicofantes, una vez en el Palacio, y con ayuda de las camarillas de las plazas públicas, los paseos, los casinos.... ejercer una grande influencia en la marcha de la política. Y más aun cuando ya Maquiavelo está mui viejo i los bribones de los tiempos de Gil Blas son poqui-

ta cosa comparados con los tunantes de la época actual.

En la cámara legislativa abogan por los preceptos reglamentarios i sostienen en tono de oradores cualquier futilidad ó nimiedad. Así pretenden acreditarse de fieles y sumisos servidores de la justicia i el derecho escrito. I mientras hacen incapie en los cánones parlamentarios, pasan con atrevimiento por encima de las leyes ó las interpretan aviesamente para favorecer sus propias, no muy santas ideas, con detrimento de la verdad. Son abogados incon vencibles de los desafue-ros, i donde quiera que una autoridad holló un principio, allí están ellos haciendo la defensa del error. Manejan el sofisma sin pudor alguno; no se sonrojan cuando pretenden obscurecer hechos que están vertiendo claridades: é insultan con descarado cinismo la verdad más pura i resplandeciente.

La curul es á menudo un peldaño que conduce á otro peldaño más elevado. Des-

de allí se mantienen relaciones indignas con el Poder Ejecutivo, que, para triunfar en la cámara en cualquier asunto de trascendencia, influye i busca en ella partidarios en aquellos que andan á caza de mezquinos intereses.

Allí los mercenarios de la política, lejos de enaltecer el cuerpo de que forman parte, lo desacreditan con la impureza de sus ideas. Se vanaglorían de sus influencias con el presidente i los ministros, i dicen en público que si por un golpe de manos tuvieran que salir por las ventanas del Congreso, caerían de pié en el Palacio de Gobierno: en la casa de los sin ventura.

Aunque vistan sotana ó sean camanduleros de oficio, i á pesar del «no matarás» de las Sagradas Escrituras, predicán el hierro i el fuego. «Comerás el pan con el sudor de tu frente». Este sabio i profundo enunciado de la lei del trabajo, no versa con ellos, que viven á cuenta del prójimo, merced al constante engaño en que tienen al pueblo, ese «buei que come

heno, se unce al yugo i se le dan azotes». Estos hombres de iglesia o de camándula que combaten en las líneas de la política práctica, llevan en la una mano el rosario i en la otra la quijada del asno de que habla el Libro Sagrado.

Si llegan á administrar justicia, cosa mui á su alcance, á pesar de lo delicado del cargo, adjudican la conciencia al mejor postor, del mismo modo que trafican las rameras con sus carnes en el mercado de la impudicia. En todo asunto jurídico de importancia, recaen sospechas sobre el juez, cuando no es cierto que se ha manchado las manos con el oro envilecedor. Los delincuentes de elevada posición política, salen fuera de causa i proceso en todos los casos: siempre hai para ellos la circunstancia absolutoria de la legítima defensa. I mientras sufren las víctimas la terrible aplicación de la lei del embudo, i los criminales provocan la vindicta pública, la justicia oculta entre sus manos la faz avergonzada.

¿Es esclavo de su deber ese Ministro de Justicia que oye los disparos que se están haciendo sobre el pecho del ciudadano, cuya vida garantiza la nación, i no lanza la protesta? ¿Es justiciero ese Procurador General que siente al oído la ola airada del rumor público i no investiga los hechos? ¿Tiene en algo su dignidad ese Procurador Fiscal que no hace uso de la fuerza pública para aprehender al delincuente, aunque éste lleve uniforme de general?

Todo fusilamiento cuya ejecución no obedezca á una sentencia emanada de un tribunal competente, es un homicidio (ó un asesinato) que castiga el Código Penal.

I no se hace mención aquí á esa otra justicia de los campos, que es cosa que anda mui á su antojo. Allá en la montaña los gañanes no andan con tonterías; por quítame allá esa paja se envasan con sus hojas de acero i se vierten en el pecho el plomo de sus armas de fuego. Después el Alcalde ó el Inspector del

lugar, arregla el asunto como le viene en gana.

El lenguaje jurídico de esos factores de la justicia campestre, es una jerigonza ininteligible. Necesario es estar con ellos largo tiempo en prolijas explicaciones i examen minucioso de los hechos, para entender lo que intentan expresarnos. Más le valiera á uno descifrar un antiguo palimpsesto, que conversar con ellos sobre asuntos de la lei ni de ninguna otra cosa. Podría decirse que tienen su justicia i su idioma aparte.

En el Africa Central no se ven las cosas que entre esta gente cuasi salvaje. Mozos hai de veinte años que no han estado nunca en el pueblo, i viejos de lengua i blanca barba que no han vislumbreado las murallas de la capital.

Sus caminos son, en muchas partes, los callejones i atajos que abrieron los indios i que luego trillaron los españoles en los oscuros días de la conquista. Pero conocen la antigua pistola i las hojas de

Toledo, manejan las armas modernas i hasta tienen, á su manera, conocimientos de balística.

No son ellos culpables de ese estado de salvajez en que se encuentran. Jamás se les ha llevado la luz. No saben lo que es una escuela, no conocen un taller, no han aprendido á manejar un arado, no han oído el silvido de una locomotora ni han visto pasar velozmente un automóvil. I no es motivo su rusticidad para que se les crea ineducables, como opinan los que repudian las instituciones liberales so pretexto de que no estamos preparados para su implantación.

Más bien pudiera decirse que los que pertenecen á las otras clases sociales, i especialmente á la clase política, suggestionados por el aparente provecho que obtienen de la confusión reinante, son los inadaptables á un régimen gubernativo científico i liberal. I estos sí que no pueden alegar ignorancia, porque los hai entre ellos que por su sagacidad po-

drían discurrir un poco en unión de Mazarino.

Insigne error! ¡Crear que el zafio, por el hecho de serlo, debe mostrarse rehacio á los inapreciables beneficios que se derivan del establecimiento, en cualquier sociedad, de un régimen político adelantado!

Toda sociedad se manifestará siempre rebelde á todo régimen de fuerza; pero esta proposición no puede volverse al revés para sentar el principio contrario, sin contradecir la ciencia i la experiencia de los hechos.

Afirmar que el hombre en estado de ignorancia sólo puede ser gobernado por el régimen despótico, equivale á negar su racionalidad i asimilarlo á la bestia.

En España hai campesinos que apenas pueden echar el habla; i en Francia los hai que no saben distinguir cual es su mano derecha. I sin embargo, Francia es Francia; i París es « la ciudad eje » i « la ciudad cerebro ».

El hecho de vivir en la más supina ig-

norancia las clases trabajadoras que rodean las grandes metrópolis del mundo civilizado, es un fenómeno que ha llamado la atención de algunos pensadores.

IV.

Oportuno es advertir que los sicofantes son una plaga que contagia toda la República, i que donde tiene su mayor asiento es en la capital, por varias i explicables razones.

Son mui escasos los hombres de valer intrínseco que, favorecidos por su propio mérito, ocupan los más elevados empleos públicos. Así los satélites suben i bajan, no por su propio peso, sino conforme á las múltiples inexplicables excepcionales circunstancias de la revuelta política. Cada personaje de algún prestigio arrastra detrás de sí un largo séquito de parásitos. El medio los produce, i, mientras no haya un cambio en la política, corromperán la atmósfera social, donde se mueven como nube infecciosa.

Por eso el sicofante tiene asiento en el Palacio de Gobierno, en la casa de las leyes i en el cuerpo judicial, i se apellida liberal ó conservador, mientras sólo alcanza á ser despreciable paniaguado.

Un principio de economía política dice que la moneda mala en circulación desaloja á la buena. Idéntico fenómeno se verifica hoy respecto de los elementos de la política. Los buenos se van echando á un lado, i los malos van ocupando los puestos vacantes. «Los ministerios han descendido tanto, que es menester ser uno demasiado pequeño é inclinarse mucho para llegar á ellos». El más astuto, el de más osadía, el que más habilidad ha demostrado para la impostura ó la destrucción, ó el más idiota de todos, ese es el que primero los alcanza.

*

El 31 de agosto del 1899, el pueblo de los suburbios, á la cabeza del cual se pusieron los «eternos aspirantes» (los libe-

rales), se abalanzó á las calles de la capital, i arrojó piedras é injurias sobre aquellos á quienes se les había arrebatado el poder en la emboscada del 26 de Julio. «Son los liberales, que están escribiendo su programa de gobierno», dijo alguien. I en verdad, aquello era cobarde. La mitad de los iniciadores de la «ruín campaña», había servido de rodillas al tirano; la otra mitad, con raras i honrosas excepciones, había acatado pasivamente los mandatos de la imposición, con ese culpable disimulo que encubre tantas complicidades.

Entonces los liberales (?) volvieron la cara á lo pasado, en vez de volverla hacia lo porvenir. Desenterraron todos los hechos abominables, todas las inmoralidades, todos los hurtos; sacaron á la luz todas las manchas que el déspota había impreso en el rostro de la sociedad extraviada; pusieron en pública almoneda el honor de las damas en las cuales había dejado su huella impúdica el *pacificador*

de la patria; dijeron de la *espada de honor* que le entregaron al tirano en simbólica fiesta las hijas de lo más conspicuo de la clase pudiente, quienes se presentaron á la aristocrática bacanal vestidas de agricultura, de ciencia, de justicia, de paz, de república . . . I cuando se hastiaron de recordar, no dijeron: reconstruyamos, civilicemos.

I continuaron de espaldas: no había transcurrido mucho tiempo, cuando ya se alzaba el cadalso; se desvalijaba la hacienda de sus exiguos fondos; se amordazaba la prensa, se violaba la correspondencia: en suma: se empezaba á restaurar el régimen pasado.

I efectivamente, lo han restaurado los elementos que militan en las filas de los partidos políticos surgidos después de Ulises Heureaux. Se puede afirmar, sin riesgo de incurrir en error, que los nuevos funcionarios, no obstante su oposición á aquella tiranía, son continuadores de ella, con la diferencia de que no han

realizado los hechos abominables que ejecutaba el tirano para satisfacer sus concupiscentes pasiones i su hidrópica sed de sangre. Los acontecimientos están diciendo que si aquel hombre de mirada hipnótica llegó al límite de lo indecible, los que vinieron después de él no se han quedado mui atrás, aun cuando el primero fué hechura de largo tiempo i los segundos son larvas informes que apenas empiezan á vivir. Aquel monstruo se formó en el transcurso de veinte largos años, i reunía á su talento bastante ilustración. Valiente, avaro, astuto, liviano, presuntuoso, osado, novelesco, sanguinario, era «múltiple i complejo». Como general, el éxito coronó todas sus campañas. He ahí por que aquel hombre, que tenía poco de común, le puso el pié en la cerviz al pueblo i lo tuvo sometido á sus imperativos mandatos, tan largos i penosos días.

Cuando vino al poder Horacio Vázquez, el 26 de Abril, le aconsejaron la violencia, la energía (este vocablo significa

despotismo, para los malos políticos), la sustitución del régimen legal por la dictadura. A la caída de Vásquez, que luchó cuanto pudo por llenar los fines del Estado, los liberales *buscaron garantías* en el gobierno de Gil, i mientras lanzaban sobre Horacio una lluvia de motes que no le hacían mucha gracia, chocaban las copas en las tabernas con el nuevo presidente.

El gobierno de Gil no fué más que un carnaval. Sin nada que justificara razonablemente su existencia, se derrumbó por su propio peso, como un castillo de naipes; se deshizo como esos vagos fantasmas que tienen vida momentánea en las sombras nocturnas i se desvanecen á los primeros claros del día.

Fué obra de un supremo inaudito esfuerzo del agudo i fino ingenio de Maquiavelo, cuyo espíritu preside en esa oculta i maligna camarilla que de cierto tiempo á esta parte viene siendo temible escollo donde encuentran segura ruina todos los gobiernos. Los hombres que componen

ese secreto conciliábulo, no pudiendo gobernar la República, porque el odio los ahogaría, se contentan con hacer de ella una víctima cuyo hondísimo dolor brinda franco desahogo á su tremendo despecho. Son esos doctores estatuas de secreto indecifrible i extraña música de esfinge. Su voz es la atracción de lo desconocido: á veces el abismo habla i gesticula en boca del hombre.

Era imposible, de toda imposibilidad, condensar la voluntad de la nación en la hez revolucionaria que se había amontonado en las cárceles durante la pasada lucha. I aquella hez, con algunas excepciones, fué lo que en aquel obscuro momento histórico tomó asiento en el poder público.

*

Aquí está Morales L., el de la «cívica osadía», según dicen los áulicos después que lo indujeron á la revuelta i contribuyeron á su tumultuosa caída.

En esta escena grotesca desempeñaron los palaciegos, i los liberales de marras, el más importante de su papeles; pusieron en juego todas las facultades de que están dotados, i acudieron á toda la experiencia que han reunido en sus mefistofélicos tradicionales cabildeos.

Morales L. vino al poder, apoyado por el *horacismo*, i gracias á las circunstancias excepcionales del levantamiento del 24 de Octubre. Sin embargo, este hombre no podía avenirse con los amigos de Horacio, á quienes había combatido con las armas i por quienes había sido encausado i encarcelado. Con el general Cáceres era con el único que armonizaba, i acaso no hubiera tenido nunca un mal pago para el hombre que tan fielmente le había servido i que tan claras demostraciones había dado de desprendimiento de poder.

Pero no exento de ambición; poco experto en el arte de gobernar; impetuoso por propia naturaleza; cercado por un

grupo de asaltantes á los empleos públicos; mortificado por la intransigencia; mordido rabiosamente por los descontentos; i arrebatado con violencia por sus fogosas innatas energías, se dió sin tregua á la tarea de preparar la obra que en lo porvenir debía darle brillo á su nombre i grandeza á la patria, según los sueños que había forjado en su ardiente imaginación.

Empezó á conquistar adeptos en los indiferentes i en los menos íntegros de ambos grupos (*jimenista i horacista*), aunque es justo anotar que en el núcleo que se formó á su alrededor había elementos de mérito indiscutible. La juventud empezaba á agruparse á su lado, i se sentía satisfecha de un presidente que tanto se inquietaba por el adelanto de la República.

Hai que confesar forzosamente que Morales L. es hombre progresista, i que, con el apoyo del general Cáceres i el decidido esfuerzo del ministro Velázquez, es-

fuerzo no desvirtuado por los demás miembros de aquel gabinete, laboró cuanto fué posible en el corto espacio de dos años, á pesar de contrarias circunstancias. I ya habían empezado á atenuarse las negras sombras del fusilamiento del general Manzueta i su joven compañero, cuando se vislumbró el desastre.

Se dibujó en el horizonte la separación de los intereses políticos de los hombres que ocupaban el poder, i se vió distintamente que el *jimenismo* se apercibía á tomar cartas en el asunto. Empezó la agitación: salieron á la escena los leprosos de los parques, los cafés, los paseos i los casinos, i la intriga empezó sigilosamente su acostumbrado trabajo.

Ahora estamos en el caos; es de noche; caminamos á tientas; no sabemos si pisamos en firme ó si afincamos el pié en falso; pretendemos asir un hilo i se nos escapa de la mano; ensanchamos la pupila, vemos ahora un reflejo, i, después, tinieblas: reina la confusión, i sólo se observa

como se mueven i dibujan vagamente en la sombra los cortesanos.

Las pasiones tienen su pleamar, sus oleadas, sus vórtices, sus hervideros de espuma; tienen abismos profundísimos, corrientes subterráneas, bajíos temibles. Son un océano, i en sus aguas revueltas se presenta el peligro en todas sus formas. La mano de lo desconocido está allí, amenazante, siempre ansiosa de una víctima. El que se lanza á ese mar encrespado, puede correr la suerte del naufragio. Pericia es necesaria para salir ileso de las múltiples emboscadas del marullo, siempre en asecho.

El hombre apasionado es propio al mal, aun cuando esté preparado para el bien. Contener una pasión violenta es más difícil que refrenar un potro indómito. La violencia hace tanto daño al hombre como la falta de gobernalle al buque. El que es violento i no se morigera, con rareza podrá realizar obra grande. Si la voluntad no reprime los ímpetus de



la violencia, en breve se puede llegar adonde no se quiso ir nunca. La voluntad debe ser un centinela siempre alerta contra todas las manifestaciones de la iracundia.

Del 27 de noviembre del 1905 al 13 de enero del 1906, las pasiones políticas, saliéndose de madre, alcanzaron el mayor grado de violencia. Fué entonces la capital teatro de escenas en las cuales se puso en peligro la independendia de la República. La trama interior parecía tener sus complicaciones con los yanquis, i pretendía afianzarse en el escudo del Aguila del Norte. Pero el patriotismo dijo mui alto, cuan difícil es que el pueblo dominicano vuelva un día á gemir bajo el yugo de la dominación extranjera.

La dignidad nacional estuvo á punto de ser vendida, azotada i coronada de espinas.

¡Cuántas increíbles infidelidades!

.....
Corrió la sangre; se plantaron, como



siempre, muchas cruces en los campos; se gastaron las economías de la hacienda; i se confirmó una vez más . . . el . . . deshonor . . . patrio.

Morales L. tuvo su Judas i su doloroso viacrucis. Contra él se volvieron airados y blasfemos los mismos que lo habían impulsado al error; i lo persiguieron i estuvieron contra él los mismos que debieron estar i ser perseguidos con él.

V.

Pero lo más grave son las consecuencias de esas liberticidas revoluciones. Echa un paso más el viejo engreído caciquismo, renacen las pasiones, se engendran nuevas venganzas. Donde se hince una cruz, se levanta la insurrección; donde se derrama una gota de sangre, retoña la rebeldía.

Se invade ahora el campo enemigo, se arrolla, se dispersa, se le fusilan los prisioneros, se le queman los bohíos, i á

poco los facciosos se reúnen más arriba, en el agrio picacho, en la sierra inaccesible, i resisten con heroísmo contra las exterminadoras falanges gobiernistas.

El soldado revolucionario no tiene municiones ni buen armamento; carece de víveres i de dinero; no tiene un vestido sano con que cubrirse las carnes, que están expuestas día i noche á la acción de la intemperie; su ánimo está en continuo sobresalto; i si de la enmarañada selva sale á los claros del valle, la gente pacífica se vuelve huraña á su presencia: su cuerpo enjuto, su piel seca i áspera, su traje harapiento: todo en él recuerda á los guerreros bárbaros. No tiene crédito ni medios de guerra, no tiene nada, i su condición es, ni más ni menos, la del bandido. Pero resiste, resistirá: la opresión del reyezuelo le da nuevos bríos; las pavezas de su choza incendiada le dan nuevo ardimiento; la sangre de los suyos fusilados en el flanco de la montaña, lo hace invencible; i está siempre como el

guerrero antiguo: con el escudo ó sobre el escudo.

I tras la lucha, si es larga, viene la bancarrota del tesoro, el decaimiento i la flojedad del soldado, i el desastre. . .

*

La opresión engendra la revuelta como la libertad engendra la paz. Gobernar es transigir, i transigir es anhelar la armonía i el sosiego, el contento i bienestar de los asociados.

Toda sociedad se debate, dice Hostos, con una fuerza igual á la opresión que se ejerce sobre ella. De esto se colige que los pueblos á los cuales se les han sustraído sus libertades, se esparcen buscando su estado normal, lo mismo que se dilatan los cuerpos aeriformes hasta llenar los vasos que los contienen; que los pueblos luchan por la conquista de sus derechos conculcados, como suben los cuerpos menos densos en virtud de la lei de las densidades: en fin: que toda socie-



dad obedece á leyes sociológicas tan exactas como las leyes físicas.

El hombre es libre; todos los hombres son iguales sin distinción de clases ni colores; ningún imperio es estable si no está fundado sobre la justicia (*nihil imperium tutum nisi justitia*); hágase la justicia para que el mundo no perezca (*fiat justitia ut non pereat mundus*). Estos principios son tan precisos como estos otros: todos los cuerpos caen con la misma velocidad; en toda combinación química hai desprendimiento de calor; la materia cambia de forma, pero no se destruye.

Empuñar el látigo para dirigir al pueblo como guía el pastor una manada de corderos, es ir contra el orden natural. Eso no sólo no debe hacerse, sino que no debe consentirse que se haga. Cada ciudadano tiene el derecho de reclamar justicia, cuando los funcionarios del poder hacen una mentira de esa hermosa prenda sobre cuyo esplendor deben descansar

todas las instituciones. Abdicar del derecho de pedir justicia, es hacer renuncia de una de las prerrogativas más bellas de la conciencia humana.

Una vez conocidos los derechos del hombre, es necesario estar con firmeza en posesión de ellos, como está firme el edificio que se levanta sobre base de granito. No se le debe temer al látigo del déspota, ni debe amedrentarnos la jauría hambrienta de sus esbirros. Es necesario apoyarse fuertemente en los derechos del hombre, i luchar por ellos, que la verdad siempre se abre paso, i más tarde ó más temprano viene al suelo cuanto se construyó sobre arena movediza.

VI.

Si los hombres que hicieron la jornada del 26 de Julio, no cambian los antiguos procedimientos, la obra que realizaron, cuasi obscurecida ya, se envolverá en tinieblas i perecerá como la semilla que se arrojó á terreno infecundo.

El sol radiante que iluminó la República aquel día glorioso para el patriotismo, se aproxima al ocaso, i sus últimos reflejos anuncian la llegada de la noche, el reinado de las sombras. Ya no se puede ir en romería á apacentar i fortalecer el espíritu debajo de la guásima donde rodó la cabeza del tirano; aquel recinto enantes luminoso empieza á obscurecerse, i el eco de los tiros que proclamaron allí la libertad, retumba tristemente.

Si aquellos hombres no se desvelan por el cumplimiento de los gravísimos deberes que pesan sobre sus hombros, ni luchan con abnegación por el triunfo de las ideas liberales, no habrán hecho, cuando se retiren de la vida pública, sino lo mismo que otros tantos que pasaron sombríamente contribuyendo á la ruina del Estado.

Aquellos hombres, más que nadie, están obligados á sucumbir bajo el peso de las dificultades que se opongan al mejoramiento de la nación, porque fueron ellos

los inspirados autores del tiranicidio, i los que iniciaron la redentora evolutiva revolución que tantas promesas formuló con el solo hecho de su nacimiento.

El acto material de darle muerte á un hombre, no tiene mérito alguno. Al contrario, es la ejecución de un hecho delictuoso. Cuando ese hecho entraña un tiranicidio, el victimario es coronado de laureles i asciende á la altura luminosa de los inmortales. Pero al ser ungida su frente con el óleo de la gloria, contrae la obligación de mantenerse á nivel del acto que le dió grandeza i lo grabó en las páginas de la historia.

La obra del 26 de Julio no fué la obra de un grupo, sino la ejecución de un hecho determinado por la voluntad de un pueblo oprimido que venía lanzando la protesta, ahogada siempre por la fuerza, desde que sintió sobre sus espaldas la dura opresión de la tiranía.

Los pueblos no abdican nunca de sus derechos. Las tiranías pasan sobre ellos

en momentos anormales, en intervalos dolorosos en que se embota el sentido común, se apoca la dignidad i los intereses particulares se sobreponen á los buenos sentimientos i á los derechos del ciudadano. Pero pasa el letargo, se despierta la conciencia, i viene la reacción.

La nación se había revelado contra el régimen despótico imperante, i la oposición, sostenida penosamente, dió por resultado el acontecimiento de Moca. Por una lei natural el corto grupo ejecutor culminó, como fiel intérprete de la voluntad del pueblo; i conforme á aquella misma voluntad, manifestada en olas de entusiasmo, aquel corto grupo, con pleno conocimiento de la magnitud del hecho, debió salvar los principios i sostener el brillo de sus lauros.

La obra era nacional. I la nación quería un régimen de libertad para reparar sus terribles males. No sucedió así, i los hombres que habían prometido devolverle al pueblo sus naturales derechos,

no tuvieron ni la energía moral ni la convicción del bien suficientes para darle cima á sus promesas.

Las clases directoras, aleccionadas por el ejemplo del pasado, echaron por las torcidas sendas, trilladas tantas veces, i no se preocuparon por cumplir sus deberes ni por la reforma de las vetustas anti-científicas instituciones de la República. Con la pésima educación del medio, profundamente viciado, i leyes deficientes, inevitativas, focializadas, porque nadie se ocupó jamás en mejorarlas, el fracaso fué un hecho para quienes, lejos de la abnegación i el sacrificio, no eran apóstoles convencidos de tan justa i noble causa como la redención de un pueblo.

La vieja teoría de la fuerza!

Del 1844 acá todos los gobiernos han seguido la misma huella, contribuyendo fatalmente á la tiranía i la anarquía.

Nulla est redemptio, grita una voz desoladora que parece brotar de lo más hondo de la conciencia; i pudiera escribirse so-

bre el Baluarte del Conde, símbolo de nuestras principales glorias, la sombría frase que grabó un monje pesimista en las puertas de Roma: *umbra et nihil*.

Muchos creen que la reforma cambiaría la faz de las cosas. No pienso lo contrario; pero pregunto, ¿mejorando las instituciones, se transformarían los hombres? Si una máquina de sistema antiguo no funciona bien, lógico es creer que reformándola é introduciendo en su mecanismo las últimas invenciones de la ciencia, ha de marchar con regularidad. Pero sin duda alguna, no dará los resultados que se deseen, si conjuntamente con las mejoras introducidas en el viejo sistema, no se hace que sus piezas sean adecuadas i sólidas; que su engranaje esté bien limpio; que sus cilindros i ejes estén aceitados; que su fuerza motriz sea suficiente; que el carbón que consume sea de excelente calidad; que el técnico que la dirija sea competente; i que los

materiales que en ella se elaboren estén preparados convenientemente.

Cambiarán los hombres? Están muy mal educados i pervertidos hasta la médula de los huesos, i forzarán las trabas nuevas para seguir sin freno en el abierto campo de la confusión i el desbarajuste. La reforma entrañará un largo período de transición de duras i difíciles pruebas, i parece que no alcanzará toda su eficacia hasta que se empiece por la educación del niño, que es la educación de las futuras generaciones.

Sin embargo, la reforma es el único medio posible de salvación. Resuelto el problema político científicamente, quedarán resueltos los demás problemas de la vida pública.

*

Medítese un momento sobre los ríos de sangre derramados en Puerto Arturo, en Mukden i en Liao-Yang, i en los miembros dispersos de tantos seres humanos

como fueron destrozados allí por la insaciable voracidad de la guerra.

Dios envió á la tierra el diluvio universal i el fuego abrasador. Aníbal, César, Alejandro, Carlos V, Napoleón, Nicolás II i Musuhíto enviaron la guerra.

Aquí, en esta «América inocente», más demagógica que democrática, en vez de césares, conquistadores i grandes capitanes, florecen con abundancia burdos reyezuelos que se apellidan presidentes; i no se cometen crímenes monumentales, sino fechorías de carácter estúpido, que reflejan salvajez é ignorancia. I se levantan siniestros i oscuros despotismos, por donde se deduce inevitablemente degeneración ó inferioridad de raza.

Sin embargo, la política es aspiración común á todos. Para poseer un nombre es indispensable haber pasado por el ministerio, haber discutido sobre política en la prensa ó la tribuna, ó haber alcanzado una victoria en el campo de batalla.

I para colmo de males, desde el humil-

de portero de palacio, todos aspiran á los más encumbrados empleos públicos, i no hai torpe i sanguinario generalote que no sueñe con su futura exaltación al solio presidencial.

*

La política ha llegado á ser una especie de nobleza que al más obscuro mandarín le brinda acceso á los soberbios salones donde se da cita la gente del gran mundo. Allí las fastuosas señoronas i los encoquetados caballeros se disputan la honra de halagar i servir á todos aquellos á quienes la política atribuye, en sus repentinos cambios, un nombre ilusorio i efímero.

La presencia de un ministro de Estado ó del presidente de la República en uno de esos magníficos bailes que se hacen en la buena sociedad, es un acontecimiento digno de gran recordación. Es de ver la gazmoñería i la vanidad de las damas cuando van de brazo con el Presidente ó

el Ministro, ó cuando danzan con éste ó con aquél. ¡Cuánta poquedad en el refinado cumplimiento i la estudiada zalamería con que se trata de lisonjear á los que ganan grandes sueldos por el desempeño de empleos que se consiguen casi siempre á precio de honra!

Si á una de las damas de honor de esas aparatosas fiestas, le pasara por la mente la idea de bailar con un delincuente, se horrorizaría. I sin embargo, ¡cuántas veces habrán bailado todas ellas, alegres i gozosas, con fieros criminales vestidos con la dignidad de diputado, de ministro ó de presidente de república! ¡Cuánto os habéis rebajado, oh grandes señoras! ¿No habéis sentido en vuestro airoso talle la sangrienta mano de un terrible malhechor, tizado acaso por el humo del incendio?

La faja presidencial lo cubre todo, i el que tiene carácter de autoridad está más puro que si acabara de ser bautizado por San Juan Bautista.

VIII.

La hoja periódica es uno de los vehículos en que los aspirantes al poder exponen sus gastadas doctrinas, refundidas i retocadas, i las hacen circular buscando el inconciente aplauso de los unos i moviendo la suspicacia de los otros.

Pero no sólo se hace uso de la prensa para externar ideas engañosas i escarnecer la libertad, envolviendo en su brillante aureola propósitos innobles i mezquinos sentimientos de venganza. Hai medios solapados más eficaces, por desgracia, i que dejan al abrigo de la sombra á los culpables.

Los elementos políticos que van de vencida, aquellos cuyo estrecho ideal envolvieron las brumas de lo pasado, verdaderos fósiles que el tiempo va relegando al olvido, fingen compungimiento, desdeñan el ayer i aparentan vislumbrar encantadoras perspectivas, extensos i lu-

minosos horizontes de progreso i de civilización.

Disfrazan sus faltas, que tanto han contribuido á las desgracias de lo presente, con falsos discursos i promesas vanas. También la solterona se emperifolla, vuelve los ojos con desaliento á sus primeros días, i se deshace por ver en carne i hueso la fantástica figura del galán que se agita en sus calenturientos sueños de histerismo.

Enfermos en estado crónico i desposeídos del completo dominio de sus fuerzas, pretenden estar firmes, cuando apenas pueden tenerse sobre muletas, único artificio bastante á levantarlos de su ruinoso postración.

La palabra de esos adiestrados combatientes posee el don de atraer como el canto de la sirena. Ilusiona como la esperanza entrevista, pero oculta profundidades insondables. El verbo que la anima arroba i encanta, pero sus melosas modulaciones suelen tornarse en

potro de tormento para aquel que los escucha.

I... tanto los de hoy como los de ayer, todos han sido envueltos en espesa bruma. Todos, uno tras otro, han dado su tributo al empirismo. Contados son los ilesos.

¿Qué fué de aquella arrogante juventud que puso su brazo al servicio de la libertad i luchó por sacar adelante los principios? ¿En dónde están los soñadores esforzados que en donde quiera i en cualquier tiempo marcharon de cara al sol, á pesar de las asperezas del camino i contra el azote inclemente de poderosas tempestades? ¿En dónde acamparon, para ser sepultados por las iras del desierto, los fanáticos del ideal, los que desplegaron sus flotantes banderas en la eterna i gloriosa cruzada de la fe?

Todos han caído, roto el escudo, rendidos á discreción, i la voz de aquél que no envejece, resuena en Galilea i se oye en todas partes: «el que no se

sienta culpable, que arroje la primera piedra».

*

La prensa, voltaria, venal, adaptable á las circunstancias del momento i propicia á toda aspiración extemporánea, ha sido constante acicate para la ambición, i piqueta destructora para el orden i la estabilidad de la cosa pública.

Amordazada siempre, se ha acostumbrado á la sumisión i al doblez, lo que la ha hecho ineficaz para el bien, al mismo tiempo que la ha convertido en vocero temible. En campo cubierto de estratagemas i emboscadas, nada hai como embozarse, apostarse, ponerse en asecho.

El medio, que lo modifica todo i que en todo se refleja, no le ha permitido desenvolverse, educarse i desechar la costumbre poco lisonjera de prodigar inmerecidas alabanzas á cualquier zopenco i, sobre todo, á la gente ministerial, á quien se cree, hasta cierto punto, deudora de su mísera existencia.

A la prensa inculta, sin embargo, se le pueden pasar tales excesos, siendo el bombo cosa común entre los escritores más sobresalientes, quienes gustan de presentar en la república de las letras á los más novicios é incipientes aficionados á la literatura: principiantes que debían ser sometidos á una crítica seria, aunque benévola, antes de hacerlos objeto de elogios que pudieran precipitarlos al fracaso en vez de servirles de provecho. Sin desconocer, empero, que esos son los hombres de mañana, i que quizás en el cerebro de alguno de ellos palpiten los gérmenes de la grandiosa, no escrita epopeya americana.

Sometido el periodismo á esa vida de sótano, se ha reducido á humillantes condiciones, aunque mal de su grado i á despecho de su elevada misión, i ha medrado i subsistido, semejante á la veleta, á merced de las encontradas corrientes del movimiento político-social.

En ocasiones ha sido piedra de escán-

dalo; ha sido cortante látigo para aquellos que desaparecen del poder, i nube de incienso para los que al poder ascienden; ha estado siempre al servicio de la gatzmoñería política i de todo género de pasiones, incluso las que espolean al buscón, al interesado i al sórdido.

EL MITO POLITICO.

I.

En matemáticas existe el signo que representa el infinito. Si se empieza á sumar desde el uno i se llega hasta donde sea necesario hacer uso de ese signo, para continuar contando será ineludible volver al punto de partida, al elemento esencial i originario de las cantidades: la unidad. Cuando se llega al límite de lo posible, lo imposible cierra el paso. Si un recipiente se llena exactamente hasta el bor-

de, no se le puede añadir una gota más sin que el líquido se derrame.

Un día los hombres, desoyendo la voz de los videntes, se dieron al más desenfrenado libertinage; i los más torpes i bestiales apetitos llegaron á la suma inmoralidad; i la vergüenza i la razón se obscurecieron hasta alcanzar la más completa negación de la humana racionalidad. I se desató entonces la cólera divina, i llovió fuego sobre aquellos parajes donde había dejado estampada su huella la más honda i cínica depravación. I allí reinó el exterminio; i no volvió á oírse allí el canto de las aves; i azota aún la maldición de lo alto en los sepulcros vacíos de aquellos pueblos degenerados.

En otra ocasión el cielo se tornó sombrío i derramó su venganza sobre la tierra por espacio de cuarenta días con cuarenta noches. I cuando el pecado había recibido su castigo, un iris de paz sonreía en las alturas.

El límite de la libertad es la libertad

misma. El límite de una era convulsiva de anarquía i demagogía, tiene dos fases opuestas: la nada ó el ser, la completa desaparición ó la verdadera vida. Por eso la conocida sentencia: «civilización ó muerte», es la suprema verdad. La frase del Maestro se cierne sobre nuestras cabezas como un dilema ineluctable, i cada instante que pasa le da más alta significación profética.

La fuerza es el origen del gobierno, cuando no lo es el engaño; i la violencia i la desconfianza constituyen la insegura base en que pretende afianzarse todo gobierno.

Nadie cree hoy en el origen divino del Estado, ni ignora nadie que la autoridad del mismo tiene sus límites definidos. Se ha trabajado mucho para esclarecer la verdad constitucional, i después de la «carta magna» i de la «declaración de los derechos del hombre», no se puede gobernar en nombre del cielo ni se le puede atribuir al poder una autoridad sin lími-

tes, más allá de los cuales no es posible ir sin atropellar las libertades.

El fanatismo religioso engendró el fanatismo político. La iglesia no se contentó con ejercer su imperio sobre las almas, sino que quiso extenderlo también sobre la vida de los pueblos. I Dios i el Rei se coligaron, i aquel pacto dió por resultado la esclavitud del hombre.

Hoi no puede hacerse hincapié en el derecho divino, lo que pudo tener sus atenuaciones. Hoi Dios i el Estado poseen otro nombre: ahora se llaman *orden público*.

Este nuevo ídolo á cuyos pies se arrodilla ciegamente el político, ha resucitado la antigua teoría. Para restablecer el orden público, se hace posible lo imposible. El rei era dueño de todo. El presidente, que lo es también, es más culpable.

Antes la soberanía era privilegio del Estado, i el gobierno era representante del mismo Dios; hoy el derecho le ha de-

vuelto al pueblo la soberanía i ha enseñado que el poder lo delega ese mismo pueblo. Antes gobernaba la voluntad; hoi gobierna el Contrato social, en cuyo texto le dicen capciosamente los hombres del poder á sus gobernados: «sólo el pueblo es soberano». En ese mismo texto, se pretende hacer creer que el pueblo disfruta de su voluntad: que puede elegir i ser electo. Pero todo eso es falso. Guardaríase ningún ciudadano de expresar su pensamiento ni por palabra ni por escrito, ni de atreverse á depositar en la urna aleatoria el voto libre de su conciencia. Si tiene en el labio una mordaza i se dispone de su vida i de su hacienda como de cosas que no le pertenecen; si se le han arrebatado todos sus derechos naturales i se le ha reducido á la triste condición de cosa; si no puede confiar en la justicia para defender su persona i su propiedad ni siquiera contra los atentados de los particulares, hai que inferir que el texto constitucional es una farsa.

I así es: en todo eso hai algo de maligna mordacidad que hiere i apesadumbra cruelmente.

Mejor fué para el hombre, en remotos tiempos, adorar á Dios i al Rei i constituirse esclavo en cuanto á su conciencia i á su vida externa, que tener hoi conocimiento de sus derechos i sentirse á la vez ilota i ciudadano. ¿Qué le hubiera importado á uno, entonces, aun llamándose Séneca ó Plauto, holgar en la corte de Nerón ó ser liberto de Augusto? Pero es duro vivir, en medio de la civilización moderna, oprimido i humillado, en países que se dicen repúblicas, donde políticos sin nombre asumen el poder, fingiendo libertad i ejerciendo despotismo.

«El orden es la necesidad suprema; el fin primario del Estado.» Efectivamente. Pero es indispensable conservar ese orden por el exacto cumplimiento de las leyes, i restablecerlo por vías legales cuando se altere.

El orden que se impone por la fuerza, no es el orden. . . .

El orden público i la razón de Estado han sustituido la República. Queriendo mantener el orden, se provoca el desorden; queriendo á todo trance afianzar la paz, se induce á la guerra por modo indirecto.

Al nuevo fetiche se le ha sacrificado todo: vida, propiedad, honor, crédito. . . .

Ya la salud del pueblo, que es la suprema lei, no da vigor i fuerzas al pueblo; la sangre plebeya ha pasado á formar parte de la organización del Estado. Ahora es necesario que el gobierno subsista i se sostenga el orden público, aun destruyendo vidas i haciendas. Ya esa salud sagrada, fuerza de las fuerzas sociales, á que se ha dado el nombre de suprema lei, ha pasado de los miembros de ese maniquí de trapo que se llama populacho á los poderosos músculos del Estado. Sustituida la vieja teoría, el Estado ha vuelto á ser un monstruo devorador que necesi-

ta alimentarse de violaciones, de arbitrariedades, de carne humana. Sus fauces hambrientas, en cuyas muelas de hierro se trituran principios, han despedazado lentamente todo eso que, en naciones libres, llámense ó no República, constituye la ciudadanía.

Ser, ó estar, es la suma razón. Qué importa lo demás? La misma República, qué importa? Fué obra de un iluso que apuró hasta las heces la copa del acíbar. Qué significa la patria? Fué un feto que vino al mundo á destiempo. Yacía en el sueño indefinido del no ser, i despertó con el tonante trabucazo que tal vez un beodo disparó de lo alto del histórico Baluarte. Un pobre hombre que le enjugó las primeras lágrimas, á poco halló tumba aleve i sangrienta. La infeliz! Se crió pálida i enfermiza, i no ha merecido el respeto ni el amor de ninguno de sus hijos. Habiendo pasado la infancia entre sorpresas i tumultos, padece neurosis incurable. La pobre! Adónde

irá? Qué será de ella? Qué tristes estarán nuestros abuelos!

II.

De los poderes del Estado, el que desempeña la función ejecutiva, irguiéndose, agrandándose i absorbiendo funciones ajenas, ha llegado á centralizar todas las funciones del Estado en la sola función ejecutiva. Esta absorción no se ha verificado de un modo rápido i violento, pero sí visiblemente. Ha sido la obra de largos años durante los cuales se han amontonado muchas sombras en la historia de la América libre.

Supongamos que tenemos á la vista tres circunferencias de un mismo tamaño, i que dentro de cada una de ellas se mueve cada uno de los poderes del Estado (suprimiendo el poder electoral). Imagine-mos que la circunferencia dentro de la

cual hemos colocado el poder ejecutivo, empieza á ensancharse paulatinamente, i que no detiene su acción expansiva, hasta que la línea que la separa del espacio ha abarcado en su centro á las otras dos circunferencias.

Entonces tendremos la expresión gráfica de lo que ha sucedido con el Estado moderno en las semibárbaras repúblicas de los nuevos pueblos latinos.

Una vez sentadas estas conclusiones, se deduce de ellas esta otra: que nuestras repúblicas democráticas no lo son sino en el nombre, i que el verdadero sistema de gobierno que nos rige es uno como caudillaje, no exactamente igual al primitivo, pero sí más doloroso, por cuanto el hombre posee hoy mayor grado de cultura que en los días del patriarcado i de la tribu indígena.

El presidente, que es el jefe del poder ejecutivo, forma el consejo de ministros con sus allegados ó con aquellos que se adhieren incondicionalmente á sus ideas

políticas. Prevaleciendo una sola voluntad, más ó menos modificada, en los acuerdos del ejecutivo, i no existiendo sino de hecho los demás poderes del Estado, se ve con evidencia que todo el poder se concentra en una sola cabeza.

El presidente es siempre un aborto de la fuerza i la tramoya. Surge de la revuelta, manchado de sangre i harto de desafueros; i luego se cubre con el manto constitucional, por medio de un ridículo aparato que nombran elecciones.

El caudillo, en los pueblos primitivos, era el de más resistencia física. Sometidos á prueba los candidatos, resultaba vencedor el de más fuerza muscular. Díganlo, si no, los araucanos. Ahora triunfa el más valiente, encarnizado i astuto, es decir, aquel que por sus condiciones de guerrillero, resulta un compuesto de hiena i zorra.

El presidente ha llegado á sustituir casi por completo al cacique primitivo, tanto en las ejecutorias que forman su

personalidad política, como en su manera de dirigir: i lo aventaja en maña i en astucia.

No hai tal presidente, no hai tal República, no hai tales poderes del Estado. El ejecutivo, que es el gobierno (según el sentido en que se toma vulgarmente esta palabra), está compuesto de un solo funcionario, ó lo que es lo mismo, de un corto grupo convencional subordinado al que hace de presidente.

III.

La invasión lenta del ejecutivo sobre los otros poderes públicos, ha producido la negación de todos los poderes, la desaparición de lo que legítimamente debe llamarse Estado. Este no puede ser sustituido por ese tragicómico poema puesto en escena, á que se da el nombre de gobierno, i que no es sino una burda oligarquía.

Con la muerte de las instituciones republicanas, no sólo se ha embrollado la vida política de la nación, sino también su vida civil, esto es, ha ido desapareciendo gradualmente la vida jurídica de la nación en todas sus manifestaciones. I no podía ser de otro modo. Una vez desconocida i tergiversada la verdadera noción del Estado, i dislocadas i torcidas las funciones de los poderes, tenía que desaparecer todo aquello que es consecuencia indispensable del equilibrio social.

El movimiento absorbente del corto grupo convencional ejecutivista, no ha podido verificarse sino contando con la ignorancia i la corrupción de los elementos que forman los poderes ejecutivo i judicial.

Este último cuerpo, órgano necesario de toda tiranía, es el que más se ha prestado para la obra del despotismo.

Consiste el despotismo en obrar sin sujeción á las leyes; en cometer actos ilícitos ó inmorales. I la represión de

toda falta punible, está á cargo de la justicia.

Interrogado el general Pino Guerra acerca de las causas del reciente levantamiento de los cubanos, contestó, en primer lugar, que el despotismo implantado en la República de Cuba por el presidente Palma i sus secuaces, mediante un cuerpo judicial corrompido.

Es elocuente el ejemplo de la antilla hermana, i pone su patriotismo á la altura del ardor sagrado que la inflamó en los días luctuosos de la dominación española.

Es indudable que todo régimen coercitivo necesita apoyarse en la complicidad del legislador i en la pobreza moral de los hombres de la justicia.

La venalidad i el cohecho convierten á los miembros del poder judicial en concusionarios reincidentes, i aletargan de tal manera en su conciencia los principios de la justicia, que les hacen padecer verdadera atrofia moral.

De ese modo no hai seguridad para la

vida ni para los intereses, estando una i otros expuestos á la delincuencia i á la mala fe.

Así no sería difícil encontrar ocasiones en que la vida de un hombre se cubriera con treinta piezas de plata, como si se tratase de una res cebada, i en que la propiedad se adjudicara á la parte que mejores ventajas ofreciese á los augustos magistrados de la justicia.

¿Cómo se ha de infundir respeto i prestar apoyo á la propiedad sin la elección de hombres probos é idóneos para el desempeño de los empleos judiciales?

Si los funcionarios de la justicia no son escogidos entre los ciudadanos más sesudos i de más reconocida honorabilidad, no será difícil que particulares hábiles ejerzan influencia en su ánimo, i que los favorecidos de la política los dobleguen i saquen fuera de sus deberes.

La honradez en la administración de la hacienda pública no constituye la garantía de la propiedad. Esta no puede estar

contenida en tan reducidos límites. La legalidad en la justicia es el eje sobre el cual debe girar en completa armonía todo cuanto forma el haber de los asociados. Una nación es tanto más rica, cuanto más ricos son sus habitantes. No puede estar garantida la propiedad, sino cuando los funcionarios de la justicia proceden con rectitud i acatan los dictados de la razón i la moral.

La lei del embudo no asegura los bienes, i no es otra la que impera donde bandos políticos ignaros i desorganizados se disputan el poder por todo género de medios.

La demasía en la justicia produce el descontento público, enciende la rivalidad política i lanza al hervidero de las pasiones la ponzoñosa simiente de la sedición.

La parte que ha sucumbido en un litigio á fuerza de venalidad ó de influencia, guarda en su pecho mal comprimida venganza, i atisba impaciente una

ocasión propicia para descargar sus furiosos rencores.

Y así se origina una crisis social fecunda en tramas i maquinaciones contra el Estado, que es, en todo caso, el único responsable de los males que pesan sobre el pueblo i amenazan de muerte la República.

IV.

«El fuego no puede apagarse con el fuego».

El régimen coercitivo engendra la revuelta i el estado de guerra. Al contrario, un régimen legal en cuya anchura encuentren amplio desenvolvimiento las libertades públicas, produce la paz, i la paz, cuanto es necesario para que se cumplan los altos fines del Estado.

No digáis que desde los caldeos hasta hoy los gobiernos despóticos son los que

se han sostenido. Eso es torpe, falaz, erróneo. Del simple examen fisiológico del hombre se desprende que este ha nacido para ser libre. Si la naturaleza le dió la vida, conjuntamente con ella le dió lo indispensable para la existencia. Vida significa derecho; derecho significa libertad. No se puede concebir el hombre en su vida física i psíquica, sin las condiciones necesarias para que se realice su existencia.

Estos son principios eternos, ineluctables, confirmados una i otra vez por cuantos han ahondado en cuestión tan controvertida entre sofistas i hombres de pura ciencia.

El Estado es todopoderoso, i para llenar sus fines, puede por sí mismo hacer uso de todo medio lícito ó ilícito, justo ó injusto; para su propia estabilidad i sostenimiento propio, puede sacrificar la vida i la propiedad de los asociados, i recurrir á cuanto juzgue indispensable dentro i fuera del derecho. Tales son

los fundamentos lisa i llanamente expresados de la doctrina antigua, cuyos términos están de acuerdo con los más hábiles i aviesos principios de Maquiavelo i sus partidarios, quienes tanto han descollado, en todos los tiempos, en cuanto á dividir i absorber para reinar.

El Estado es consecuencia directa é inmediata del individuo; es institución necesaria é indispensable para la vida social. Es indispensable i necesario para la organización i el funcionamiento de la sociedad instituida; pero no es el principio vital, generador i originario que le da nacimiento i existencia á la sociedad misma. El Estado es condición precisa é ineludible para la vida de la sociedad, pero no es causa primaria i fundamental de la existencia de esa misma sociedad.

El individuo, órgano constitutivo de la sociedad, es suma de derechos tan indispensables para su vida como la respiración pulmonar i la sensibilidad nerviosa.

Tales han de ser los puntos de partida de la teoría moderna.

Colóquense las cosas en su lugar, encaínese la vida pública por sus propias vías, i el Estado dejará de ser un feudo, cambiará la suerte de los pueblos, i el hombre se pondrá á la altura que demanda la civilización moderna.

«La paz es la resultante natural de la equidad, de la justicia i del espíritu liberal de los gobernantes».

Este grandioso pensamiento encierra un mundo de sabiduría en materia de política, i puede servir de mucho al mandatario que se proponga llenar sus funciones con verdadero acierto.

Sólo al amparo de la libertad pueden los pueblos prosperar i engrandecerse; la imposición, como cosa que no es natural, conduce las naciones á la ruina por modo inevitable.

La política incipiente, estrecha, sin luz, sin amplios horizontes, es negada á la idea de gobernar por medio de los princi-

pios; para ella, cuanto no sea empirismo es utópico, perturba i se opone al medio ambiente.

Que gobiernen las leyes, i la utopía se habrá convertido en tangible realidad.

Llenando las leyes su cometido, sin que el funcionario obre *personalmente*, se hará la justicia; la justicia, cuando las leyes se aplican con igualdad, produce el equilibrio social; éste es lo que se llama libertad, salud nacional.

¿Consiste la misión del gobernante, como creen muchos, en avivar el trabajo; abrir ferrocarriles, vías fluviales i carreteras; hacer puentes, palacios; extender hilos telegráficos . . . ? Más exactamente pudiera decirse que consiste en guardar la lei, cumplirla i hacerla cumplir. El acatamiento á las leyes evita la del trabajo, cuya marcha, como las fuerzas seísmicas, no se detiene jamás. La del progreso es lei á la cual están sometidos todos los hechos que se desarrollan dentro del infinito círculo de la existencia universal, i

su paso adelanta de consuno con la ampollita de los tiempos.

La lei escrita, que es pauta del movimiento social, dirige i encamina; pero el curso de la vida de las cosas modifica á veces al mismo canon que lo rige: éste evoluciona entonces, á impulso de las causas biológicas, esto es, resulta que el precepto se perfecciona á medida que se realiza el trabajo i discurre el progreso: he ahí la necesidad de reformar las leyes.

Mientras no se armonice la práctica con la ciencia política i no se le dé al pueblo, que es el que sufre las consecuencias del error, toda la libertad de que está sediento, para que pueda restaurar la sangre que ha derramado por sus profundas heridas, descenderá la República, sin detenerse, por la áspera pendiente en que fué lanzada al surgir á la vida.

Volvamos los ojos i fijemos la mirada en el tiempo pasado. La tiranía ha sido la norma, i constituyen la excepción algunos buenos intentos que han sido aho-

gados en el festín sangriento de las aves de rapiña que se han acentado en el poder.

Todo, en nombre del orden público.

Creer también los políticos prácticos, lo mismo que los reyes i los césares, que para darle libertad á un pueblo es necesario tener primero un crecido número de hombres armados: un ejército: un ariete que á cualquier hora esté dispuesto á destruir. Esto, seguramente, con el fin de amedrentar á los ciudadanos, para que, por el temor, se mantengan en paz. Hai que señalar aquí, que esto viene de acuerdo con las teorías despóticas de Hobbes i de Austin, que consagran el derecho de la fuerza.

Los ejércitos sólo son útiles para la defensa nacional, en caso de guerra con el extranjero. Por corrompido que sea el soldado, siempre lo aguijonea i enardece el amor patrio; pero, por lo demás, no parece que el militarismo pueda ser en Santo Domingo cosa necesaria, i, al contrario, hai que juzgarlo pernicioso mien-

tras sea la República un campo de Agrar-
mante.

Se quiere el militarismo para debelar
revoluciones. A la inversa, es posible que,
en medio del desorden militante, contri-
buya siempre á originarlas, á crearlas.
En un medio pervertido, donde la san-
ción moral es un mito i la disciplina un
imposible, cada jefe militar que tenga á
su mando una fuerza considerable se
creerá suficiente para echar por tierra al
gobierno, i será atraído por la idea de
una cuartelada. Las plazas fuertes no
tendrán ninguna seguridad, estando ex-
puestas á ser sobornadas por el que cuen-
te con más recursos pecuniarios ó con
mayores influencias.

La palabra *militarismo*, así subrayada,
lo mismo que esta otra: *militareo*, de la
que ha hecho uso el profundo sabio Eu-
genio M. Hostos, ha llegado á tener una
nueva acepción moral, significando una
verdadera enfermedad cuyos dos carac-
teres sobresalientes se manifiestan por

medio de tiranía i de anarquía. Estos dos monstruos, contra los cuales hai que luchar á brazo partido, constituyen la constante agonía de la República.

El militarismo es un peligro para la paz pública, i puede decirse que es incompatible con la libertad, siendo sólo garantía del orden en naciones civilizadas donde casi nunca se ha disparado un fusil. donde es mínimo el número de analfabetos i cada ciudadano tiene perfecto conocimiento de sus deberes i de sus derechos. En esos pueblos cultos donde las prácticas cívicas son respetadas por gobernantes i gobernados i el sufragio es un ejercicio sagrado i común á todos, el ejército casi no desempeña papel alguno, i no es por tanto perjudicial para las instituciones liberales. I en esas sociedades, donde no prospera el engaño ni ha echado raíces el chisme político, es casi nulo el ejército, siendo su único objeto contrarrestar las agresiones exteriores.

El militarismo! En esta frase parece

que se condensan todos los males de la República. Ni anarquía ni tiranía pueden prosperar, si no se apoyan en el filo de la espada. El despotismo necesita de las bayonetas para imponerse. El imperio de Napoleón se levantó sobre las carabinas siempre humeantes de sus valientes soldados, i ni César ni Alejandro hubieran pretendido adueñarse del mundo sin la poderosa ayuda de sus legiones invencibles.

Los más bravos generales, los más encarnizados en la batalla, han sido los más dispuestos siempre á ponerle el pié en el pescuezo al pueblo.

De nuestros hombres, los que más se han distinguido en la lucha por su ferocidad i sus violencias, han sido los que, apenas llegados al poder, se han convertido en terribles opresores.

No es posible que quien se forma en el cantón, en medio de los desenfrenos y desórdenes de la guerra, pueda improvisarse alto magistrado de una nación, i

dar en el poder demostraciones de cordura i de acrisolada moralidad: condiciones sin las cuales no puede haber gobernante justiciero i ejemplar.

No se debe detestar sistemáticamente á los hombres de guerra. El sable tiene sus ocasiones gloriosas, i la fuerza misma es una de las faces del derecho. Sin los cañones, América no se hubiera sacudido de la antigua metrópoli española, ni Bolívar ni Páez hubieran deslumbrado al mundo con sus épicas hazañas.

La espada que en la revolución del 26 de Julio se alzó contra la odiosa tiranía del «Moderno Ulises», fué la espada de la libertad, que brilló con fulgor deslumbrante. Se debe odiar implacablemente á los vulgares matasietes, á esos que, empapados en sangre, abofetean la sociedad i exhiben con cínico descaro el falso lustre que le proporcionan las ínfulas del mando i el oro vil del latrocinio.

VI.

El político sale á la escena mintiendo libertad. Luego se desgarran la vestidura i se presenta en toda su obscena desnudez. Su brillante vestimenta es una ficción, una maravillosa perspectiva preparada hábilmente i con fines ulteriores. Cuando el aparato i la falsedad han producido sus efectos, arroja el guante, se arranca la careta, i entonces se puede ver distintamente como toda aquella magia era el disfraz de un personaje híbrido que pertenece al mismo tiempo al orden de los bimanos i á la temible especie de los felinos. Debajo de su guerrera brilla asimismo el sable, siniestramente, al vivo resplandor del oro.

Los hombres de guerra han sido funestísimos. Con el rostro colérico i blandiendo el arma en alto, lo han sometido todo á su vulgar ambición. La culpa no

es de ellos completamente: la ignorancia tiene sus atenuaciones.

El descenso en que se encuentra nuestra vida social, también echa tremendas responsabilidades sobre aquellos que poseen algún acopio de conocimientos. Los hombres de saber son los llamados á dirigir los pueblos. La idea que no lucha contra la ignorancia erigida en autoridad, es venal ó está degenerada: en ambos casos el estigma pesa sobre ella. Pero no sólo no pugnan con los guerrilleros los hombres de cabeza, sino que se unen á ellos para contribuir al desorden i sacar de él abundantes ventajas.

Sí: los que tienen criterio pleno de lo que es el mal, i pudiendo hacer el bien, mal viven, mal predicán i mal hacen, esos también llevan enormes responsabilidades sobre sus hombros. Sin embargo, á ellos nada les importa el intenso dolor, el dolor sin nombre que sufre la patria. Respiran: viven. ¡Cuántas veces se habrán llevado á la boca el pan,



humedecido en sangre de sus más íntimos amigos!

Los generales que representan el éxito en campaña, son capaces para hacer el bien. Todo hombre abriga en el alma una inclinación natural, un sentimiento innato que lo impulsa en pos de algo soñado, de una bienhechora realidad entrevista. El buen ejemplo i la emulación del deber cumplido, pueden hacer de un militar un motor social, un poderoso elemento de progreso. Esos valientes que guían al soldado en la pelea i hacen cundir la derrota en el bando enemigo, no son seres comunes; algún dón poseen, cuando arrastran consigo numerosa gente i doblegan i subyugan pueblos esforzados. En ellos se encuentra arcilla para grandeza i heroísmo.

Cuando los rodea el ambiente puro de sociedades sanas, se convierten en fuerza motriz que ejemplifica i civiliza. Aleccionados entonces en los torneos cívicos, echan á un lado los arreos de barbarie, i,

olvidados de la guerra, cumplen sus funciones con magnífico suceso. Cuando el medio en que alientan es delectéreo i los rodea la malicia, se vuelven dragones que se enroscan en el cuello del mismo pueblo que contribuyó á formarlos.

VII.

El político ha extramilitado de tal modo su misión, que admite paralelo con el delincuente.

El crimen ejecutado por un individuo cualquiera, tiene calificaciones diferentes según las diversas circunstancias atenuantes ó agravantes que rodeen el hecho. El culpable puede incurrir en la pena de muerte, en la de trabajos públicos, en la de detención, en la de reclusión. I conforme á las distintas legislaciones i el carácter de los pueblos puede merecer igualmente la pena



picota; la de Linch, que aplica por sí misma la vindicta pública; i aún puede ser sometido á uno de los históricos suplicios que todavía existen en ciertas sociedades. I cuando hai cúmulo de delitos se aplica al culpado la pena mayor.

Un desgraciado que le da muerte á un hombre, puede incurrir en la pena de trabajos públicos i llevar una cadena al pié. Este infeliz, un ente cualquiera, puede obrar en un momento de desesperación, en un instante de violencia, siendo criminal nato ó por accidente inevitable i fortuito.

Pero como quiera que obre i sea cual fuere el estado moral i fisiológico en que se encuentre en el momento del acto, lo cierto es que comete un homicidio; que se hace digno de una pena aflictiva é infamante; que la sentencia pesa irremisiblemente sobre él; que se le convierte en barrendero i se le expone á la curiosidad pública; que la justicia, actuando á nombre de la sociedad, se muestra con él

despiadada é inexorable. El destino lo precipita, cae, «la ola i la sombra» lo envuelven, la sociedad ensordece á sus lamentos: la víctima desaparece: se la traga el abismo.

El criminal que llevó á cabo un homicidio sin premeditación ni asechanza, ha sido condenado á trabajos públicos i se le ha puesto una cadena. Obsérvese que no ha estuprado, que no ha incendiado. Simple homicida, no se ha hecho culpable de ningún otro hecho espantoso.

No obstante, su pena es *infamante*. No hai misericordia para él. El niño que lo ve huye despavorido. La sociedad le teme. Todo su ser está rodeado de una extraña i siniestra sombra. Parece que lo acompaña un espíritu diabólico i que lo animan sentimientos infernales. Raras veces se le tiene una especie de compasión medrosa, i entonces se le arroja desde lejos un mendrugo, como se le echa un hueso á un perro encadenado. Al verlo finge la fantasía que de sus labios

secos pende una hebra de sangre, i que se agita dentro de su pecho una conciencia tan negra como los desacatos de que se le supone autor. Si el preso se le escapa al centinela que lo lleva, cunde el pánico por todas partes lo mismo que si se hubiese salido un tigre de una jaula de fieras.

A este ser sin ventura á quien se juzga fuera de la lei, no se le saluda con sonrisas; no se le estrecha la mano con efusión; no se le rinde homenaje; no se le aclama con entusiasmo en círculos i corrillos; no se le prodigan respetos i adhesiones; no se le halaga con bulliciosas serenatas; no se le encomia en las columnas de los periódicos; no se le publica en las revistas su vera efigies, envuelta en alabanzas; no se le solemnizan sus fechorías en las iglesias, elevando al cielo el *tedium laudamus*.

I por qué todo esto? Porque ha muerto á un hombre; porque es un criminal según la lei.

Ahora bien: hai dos clases de criminales. Existe el criminal común, rico ó proletario, noble ó plebeyo, de cualquier clase que sea, que comete un hecho prohibido i penado por las leyes; i el criminal que, revestido del carácter de autoridad, obrando á nombre de la lei i la justicia é invocando el orden público, comete un hecho asimismo prohibido i penado por las leyes. La división es artificial, i en realidad no existe; pero en cuanto á la forma, es una verdad tangible.

En sustancia, son criminales tanto el uno como el otro. Si se examina lo que, conforme á las leyes, se llama crimen, se encontrará que el fusilamiento ejecutado por un guerrillero cabe en la definición del homicidio acompañado de premeditación i asechanza.

En uno i otro hecho existe el asesinato; en ambos hai alevosía.

Pero, ¿para qué detenerse uno en minuciosidades por el estilo, si el más romo de ingenio i el más imbécil de los patanes

saben que los delitos cometidos por particulares, por graves que sean, no pueden igualarse ni con mucho á los tremendos desmanes de la gente ministerial?

Los grandes conquistadores invadían pueblos indefensos á la cabeza de sus bárbaras legiones, i se personaban al sitio del tormento. El presidente, que raras veces acompaña á sus soldados, aunque gusta en ocasiones de presenciar el sacrificio de las víctimas, tiene á sus órdenes un cierto grupo de sayones feroces, á quienes envía á consumir los espantosos crímenes calificados de asesinato, incendio, violaciones al pudor, devastación de la propiedad . . .

Estas imputaciones, legalmente juzgadas, acarrear para los reos la pena capital, i en algunas partes se castigan con la lei de Linch, que se aplica por escarnio á los tremendos malhechores.

¿Qué diferencia hai entre el individuo sin galones ni autoridad que comete un homicidio ó un asesinato, i el jefe militar

que se hace primer actor de una de esas trágicas escenas en las cuales tienen ejecución real las más extravagantes ficciones del crimen?

Hai, sí, una levísima diferencia entre los dos delincuentes: que el uno es puramente civil, i el otro es de la especie de los de charreteras i uniforme. El uno, por la ejecución de un hecho punible, ha caído entre las ruedas dentadas de esa como odiosa máquina demoledora que ha sustituido á la lei; i el otro, lejos de sufrir pena alguna por sus horrorosos crímenes, se le sonríe, se le asciende, se le recibe con júbilo en las tertulias de la gente bien nacida, se le admira i se le colma de todo linage de distinciones.

Inexplicable ceguedad, terca ignorancia, alucinación mental: no se sabe qué nombre darle á ese efecto producido por la mentira política; á esa inconcebible confusión en que se tienen las cosas más claras i distintas; á esa absurda i aferrada creencia que se tiene de lo que es:

creencia acompañada de negado i repulsivo desconocimiento de lo que pudiera ser; á esa torpeza i embotamiento de los sentidos, que obstaculiza la percepción hasta de las cosas más naturales i sencillas. I si se ahonda, si se investiga hasta encontrar el por qué de tanto extravío en todas las formas de la vida social, es posible que se llegue irremisiblemente á la sabia i proverbial conclusión sentada por la experiencia de los tiempos: la costumbre hace lei. I, á despecho de todo, es mui acedera la lei de la costumbre. Descompongamos la frase del poeta, de este modo: todo es del mismo color del cristal con que se ha mirado siempre.

*

Por ahí va un preso. Un centinela lo lleva por delante. De su cintura pende una cadena cuyo lúgubre sonido apesadumbra el ánimo; lleva sombrero raído, vestido desharrapado i de hedor acre; está barbudo, flaco i amarillo como la cera.

Adónde va? Tal vez á barrer la vía pública. Allí va también un general. Esta gente abunda mucho. Qué bien vestido, i con qué orgullo camina! Vuelve el rostro á todas partes, como quien dice: «aquí voi yo».

Bah! Este es tan criminal como aquél, i quien sabe si más. Ha cavado muchas tumbas, ha reducido á cenizas muchas rancherías i cortijos, es decir, ha quitado la vida á varios ciudadanos i ha dejado á otras tantas familias sin pan ni albergue. Imaginemos que lo lleva por delante un centinela, que va cargado de cadenas, que lo cubre tosco traje mal oliente, i que lo agobia el peso de crudos remordimientos.

La verdad es una i necesaria. No nos engañemos más. Descarguemos nuestras conciencias, volvamos por los augustos fueros de la justicia. Seamos buenos, como lo requiere la naturaleza humana, que sólo obrando en concordancia con el deber, es como se consiguen la verdadera dicha i la felicidad de los pueblos.

Si al delincuente que tronchó la vida de un hombre se le desprecia, se le teme i se le abomina, ¿por qué al que tronchó la vida de muchos, no se le teme, se le abomina i se le desprecia? El estar investido uno con el carácter de autoridad, ¿es acaso el agua del Jordán que borra los pecados del mundo?

A gran parte de esos señores de la llamada política, lleven ó no bocamangas, se les debe tener más recelo que á los miserables que viven reclusos en los calabozos cumpliendo su condena. Esta frase no tiene nada de hiperbólico. A los criminales los sojuzga i castiga la justicia. Los políticos subyugan i doblegan á la justicia. El criminal, ¿á quién ha de volver los ojos, i quién se compadecerá de él, acaso el político? Este se sirve del brazo de los sicarios para custodiarse i poner en ejecución sus ocultos designios. El criminal no tiene antifaz ni es depositario de confianza. El político es caballero cubierto que oculta mui bien sus

defectos i encubre cuidadosamente sus pasadas faltas i sus fines ulteriores. El criminal puede robarnos, puede asesinar-nos: pero, cuanto podría costarle? En cambio, en una sola palabra, en un mero capricho del político, está la ruin expulsión de un octogenario miserabilísimo; el encierro por largos años de un padre de familia en duro presidio inquisitorial; la sentencia de muerte de un ciudadano . . . I por todas estas iniquidades disfruta el político, á más de la inmunidad, de los excesivos privilegios que por sí mismo se atribuye, i de las vivas muestras de distinción con que la hueca sociedad lo acoge i agasaja.

VII.

La clase política constituye una especie de delincentes exentos de toda culpa, que, lejos de estar al alcance de la justi-

cia, hacen de la justicia un arma que esgrimen á diestro i siniestro contra sus enemigos.

La historia, que está llena de crímenes, presenta tal número de hechos espantosos que bastaría con ello para probar que la política ha sido causa, pretexto é inmunidad del delito.

¿A qué recordar el anfiteatro romano, donde se sacrificaban miriadas de víctimas humanas para deleitar el corazón i satisfacer la fantástica inventiva del crimen, personificado en nombres que horrorizan aún á través de las edades? ¿A qué recordar los crímenes sin nombre de los conquistadores antiguos, aquellos gigantescos personajes de corazón de fiera, que arrastraban su carro de triunfos, de ensangrentadas ruedas, por encima de pueblos indefensos que eran sometidos por el más espantoso terror á la más ciega sumisión i á la más cruel esclavitud? La Revolución francesa, ese magno acontecimiento que hace época brillante en la

historia del mundo, ¿no produjo monstruosos delincuentes como Marat, qué fué la encarnación de la deformidad i el crimen? ¿No se formaron entonces sectas i doctrinas criminales i defensoras del crimen? ¿La demagogía, no tuvo entonces su apoteosis en el siniestro grupo de los jacobinos?

Si la nobleza i el clero se coligaron contra el pueblo i le aplastaron la cabeza con el talón, sustituyéndolo á la serpiente, el pueblo, á su vez, convertido en océano formidable, tomó venganza de su inmenso agravio, se erigió en soberano i abatió á sus piés las testas coronadas.

I los crímenes cometidos más recientemente, en pleno albor del presente siglo, por grandes i poderosas naciones que luchan con encarnizado fanatismo por un mezquino interés, i arrojan al campo de batalla pueblos enteros que son despedazados por las innumerables bocas de fuego de la destrucción científicamente armada?

CAUSAS I EFECTOS.

I.

Son muchas i complejas las causas que determinan el estado morboso de nuestra sociedad: estado anormal que tiene puntos de semejanza con el de otros pueblos, especialmente suramericanos. Los hombres i los fenómenos sociales son los mismos en todas partes, i la sola diferencia que entre ellos existe es relativa á tradiciones, costumbres, posición geográfica

I estas sociedades que tuvieron un mismo origen i una misma enseñanza política, padecen los mismos males i tienen las mismas tendencias. Sin embargo, ya algunas de ellas han ido desviándose de los tradicionales vicios de su nacimiento.

Para ahondar en las múltiples i distintas causas primarias i secundarias que corroen el organismo social i hacen más lento i confuso su desenvolvimiento; para examinar concienzudamente los efectos presentes i venideros del mal producido: para labor tan ardua, sería necesario: inteligencia cultivada, tiempo sin tasa i profundo estudio del medio: cosas que no están en nuestras manos. Por tanto, justo es contentarnos, por ahora, con esbozar por encima algunos puntos de los que vengán más en consonancia con el conjunto de estas escasas paginitas.

«Sean físicos ó morales los hechos, no importa, siempre tienen causas. Las hai para la ambición, para la valentía, para la veracidad, como las tienen la digestión,

el movimiento muscular, el calor animal. El vicio i la virtud son productos, como el vitriolo i el azúcar»

Todo está sometido á la suprema lei de la causa i el efecto; todo está comprendido dentro de ese encadenamiento de sucesos que lo abarca todo i que no empezó nunca ni terminará jamás. Esa infinita cadena, como el horizonte sensible, tiene su centro en todas partes i su límite en ninguna. Receptáculo inmenso, contiene todas las verdades i la verdad única, i algo más de lo que encierra la moderna estrecha doctrina positivista.

¿Adónde hemos de ir á buscar las causas de nuestros padecimientos? ¿Adónde el primer hombre, allá, al jardín edénico; al pueblo egipcio, cuna de la civilización primitiva; á la sabia Grecia, épica i brillante; á la antigua metrópoli del mundo, originaria del derecho i de los césares; más cerca aún, á la España legendaria? La escaramuza de la Bahía de las Flechas entre Colón i los indios quis-

queyanos, ¿fué acaso el primer hecho causante? ¿Encontraremos algo en Moisés Pedro Margarita i otros que echaron pié á tierra americana, oprimidos los hombros por grandes pedazos del lanzón de Don Quijote?

.....

Hai hechos menos remotos que, indudablemente, fueron causas necesarias: la guerra de Independencia, i, más tarde, la de Restauración.

.....

El primer punto de vista que se presenta en los tiempos actuales á consideración del pensador, abarca la doble gravísima circunstancia de ser juntamente causa i efecto de todo el mal.

Ya hemos visto, más ó menos, en el curso de este opúsculo, aunque en distinta forma, lo que es fuerza repetir.

Triste es ver que clase de hombres son los que, creyéndose superiores á los demás, guardan la cosa pública como capataces i disponen de ella como de heredad

que les pertenece por derecho propio. No están dotados de ningún dón que los haga acreedores á privilegios de los cuales no puedan disfrutar los otros, i, mui al contrario, sus costumbres, su proceder, sus doctrinas i la actitud que despliegan para llevar á cabo su obra detestable, están diciendo que mejor harían con arrepentirse de sus pecados, harto graves, i darse por mui satisfechos con que no se les midiera por la propia vara que ellos han empleado con sus compatriotas.

Los secretarios de Estado, los representantes del pueblo i los componentes del poder judicial, lo mismo que los candidatos á la Presidencia de la República, salen todos de esa baja estofa que, convertida en una especie de militarismo sin entrañas, hambriento i rapaz, asalta á viva fuerza los poderes públicos, ultraja sin miramiento la sociedad i deja en ella grabada profundamente su desastrosa i corruptora huella.

Ministros sin virilidad moral, guerreros ó conspiradores; jefes de Estado, hijos del desenfreno, sin tacto ni ilustración; miembros de la cámara legislativa, viciados é ineptos; magistrados de justicia, sin probidad, sin consistencia moral ni elevación de espíritu: personajes todos estos que, á despecho del carácter oficial de que están investidos, forman un conjunto caótico, una masa confusa i desordenada, dentro de la cual no caben las instituciones políticas.

Al ver á estos hombres niños jugando con cosa tan delicada, viene á la mente la idea de una traviesa chiquillería á cuyas manos se confiaran los objetos más frágiles i de más alto precio; i se piensa también en las ruidosas comparsas de enmascarados que se lanzan en desorden i por todas partes en días de carnaval. I efectivamente, hai mucho de embozado i carnavelesco en todo lo ministerial.

I estos hombres, que deben su encumbramiento á la guerra civil i á la disolu-

ción, extendida en todos sentidos, encaminan sus pasos en los poderes del Estado, casi lo mismo que en el cantón militar. I se esfuerzan, impulsados por su intonsa vanidad, i acaso por la negra honrilla, en dirigir todas sus actitudes al afianzamiento de la paz; pero los medios que adoptan para tales fines, son diametralmente opuestos á los que, en buena doctrina, deben emplearse. I, queriendo evitar la guerra, van á la guerra: i, queriendo eternizarse en el poder, descienden de él como fábricas sin cimientos ni solidez; i, queriendo llamarse grandes estadistas, resultan figuras hinchadas cuya ridiculez contrasta con la gravedad del solio presidencial.

Todo esto, que es efecto de nuestra legislación política, ha llegado á ser causa del estado patológico que despedaza las fuerzas vivas de la nación, i que acabará por destruirlas todas una por una.

II.

No hace mucho propuso un diputado en el Congreso que se le cobrara un impuesto crecido á las casas de juego, idea cuyo propósito era sacar algún provecho de una inmoralidad que va en aumento i que cuenta con la tácita aquiescencia de las autoridades; culpable consentimiento, tanto más señalado, cuanto más públicamente se juega en campos i en ciudades, en verdaderos garitos i en casinos de recreo. En casinos de recreo, donde se ve, á veces, en un salón, una excelente biblioteca, i en el contiguo, los cubiletes de los dados pasando de mano en mano á la par que los naipes.

Misterios del corazón! En una pieza yacen en sus estantes libros en los cuales se acopia la sabiduría de los siglos i la moral más sana, i en otra se exponen muchas fortunas al capricho del azar i se vician los sentimientos de la juventud al

contacto de personas de aparente honorabilidad, que fomentan la corrupción en vez de edificar con el buen ejemplo. Los moralistas saben hasta donde se puede ir en la senda del mal con tales inclinaciones.

Pero . . . volvamos al hilo del asunto. Los congresistas (cosa rara) se anticiparon á decir que nó al diputado proponente.

Si se le hubiera impuesto una contribución á las casas de juego, no sólo se hubiera sancionado una inmoralidad con una resolución emanada de un poder legal, sino que el vicio se hubiera propagado con mayor rapidez.

El caso presentado en el Congreso Nacional es á propósito para deducir de él consideraciones de algún provecho.

A menudo se observa el simple aspecto que presenta una cuestión, i las ventajas que podrían derivarse de sus modificaciones presentes, sin examinar empero su origen, su esencia ni sus tendencias i sin tener en cuenta los resultados (dire-

mos futuros) que pudieran causar las medidas que acerca de ella se adoptaren.

Hemos visto dar un decreto creando un impuesto sobre la exportación del azúcar, dar otro exonerando dicho producto de esa contribución, i luego volver nuevamente á recargarlo. I repetirse esto varias veces del modo más inconcebible.

El último gobierno presidido por el general Lilís, en sus postrimerías, estableció un impuesto de 22 centavos por cada quintal de azúcar que se exportara (noviembre 16 del año 1898); el gobierno del señor Jimenes rebajó esa carga á 3 centavos (abril 15 del 1901); este mismo gobierno abolió más tarde dicha contribución (marzo 1º del 1902); el segundo gobierno provisional de Horacio Vásquez confirmó el decreto anterior, declarando el azúcar fuera de todo impuesto de exportación por 20 años (agosto 19 del 1902), á pocos meses el mismo gobierno, que había abolido por 20 años el derecho de exportación del azúcar, lo recargó otra

vez con 10 centavos (marzo 14 del 1903); el gobierno presidido por el general Morales L., imitando á un gobierno anterior, citado, dió un decreto liberando el mencionado producto de todo impuesto de exportación por 20 años (diciembre 18 del 1903); días después el mismo gobierno declaró en vigor el decreto de fecha 16 de noviembre del año 1898, es decir, le impuso nuevamente una contribución de 22 centavos á cada quintal de azúcar que se exportara (abril 9 del 1904); i á los diez i nueve días el mismo gobierno dictó otro decreto rebajando á 10 los 22 centavos (abril 30 del 1904); últimamente, el gobierno actual ha exonerado el azúcar del impuesto de exportación (20 de abril del 1906).

Estas leyes, como se ve, no han sido dadas en el transecurso de largas centurias. Cinco gobiernos distintos dictaron nueve resoluciones sobre el mismo asunto, en el corto lapso de ocho años, durante los cuales asumieron el poder siete gru-

pos políticos diferentes. Este es uno de los fenómenos que ponen de manifiesto la decadencia del Estado.

En este ir i venir de leyes distintas se jugó con la vida de toda una provincia, cuya suerte parece estar encomendada únicamente á la industria azucarera. Estas notas i otras por el estilo que se quedan en el tintero, hacen palpable la ineficacia de nuestros gobernantes i lo injustificable de sus desmedidas ambiciones de poder.

El poco tino con que se dictan las leyes, la inestabilidad de las mismas i lo irregular de su cumplimiento, contribuyen al desorden administrativo, paralizan la acción progresiva del trabajo i ponen en grave peligro los intereses nacionales.

¿I cómo no se han de dar leyes erróneas, cuyas consecuencias son desastrosas para el país, si los hombres que ocupan constantemente el poder, lejos de estar preparados para cumplir su elevado encargo, además de ineptos para conce-

birlas (las leyes) é inhábiles para aplicarlas, se encuentran incapacitados, por su viciosa educación, por su ignorancia de principios i por su poca virtud, para cooperar al mejoramiento común?

La Constitución i las leyes primordiales del Estado, con ser tan malas, no sólo son textos inaccesibles para nuestros presidente i ministros, sino que estos señores han sentido siempre por ellas, no ya cierto indiferentismo, sino señalado verdadero desprecio.

Si el Presidente de la República, que es el sumo director de los intereses públicos, el elemento impulsor más eficiente de las fuerzas sociales, no desconociera casi por completo lo que esas leyes en substancia significan, ó si al menos no viera su cumplimiento con casi estoica indiferencia, no se realizarían tan duros atropellos contra los derechos de la ciudadanía, contra los sagrados derechos de la personalidad humana, derechos consagrados i respetados desde remotos tiem-

pos i por los cuales se han derramado océanos de sangre i se ha debalido la humanidad con tanta pujanza, que ha sobrecabado épocas enteras i grandes poderes amasados con el sudor i las lágrimas de largos siglos.

Nemo sensetur ignorare legem, dice el principio latino: nadie es considerado ignorante de la lei. Pero esto no obsta para que el pueblo desconozca las leyes, casi en su totalidad, donde la mayoría de las autoridades no las cumple ni las hace cumplir porque las desconoce ó no las conoce cabalmente.

La lei es, como suele decirse, una espada de dos filos, cuya aplicación, de parte de las autoridades, infiere siempre una herida.

La infringen los particulares á la par que los mandarines i los extranjeros que, creyéndonos salvajes, arriban á nuestras playas. No hai lei positiva que valga un pito para el Tío Samuel, que discurre mui á sus anchas por nuestros verdes

campos, puesto á horcajadas en nuestras propias cabalgaduras. I si el regnícola, naturalmente resentido en su honor patrio, protesta contra el arijuna de allende el mar, se hace víctima del incendio i la matanza.

*

Por otra parte, se ha creído, ocasionando irreparables perjuicios á la nación, que expedir leyes i soplar i hacer botellas son cosas semejantes. Gravísimo error. Para realizar obra tan difícil i delicada i que envuelve responsabilidades de tanto peso para el que la acomete, son indispensables cualidades que no están al alcance de todos los hombres. La misión de legislar, es decir, de guiar la vida individual i colectiva de un pueblo, por medio de principios que han de entrañar la existencia misma de las personas i las propiedades, no es cosa que puede llevarse á feliz término, haciendo un poco de ruido en la tribuna ó en las

columnas de la prensa, ó lo que es peor, moviendo las carabinas en contienda fratricida.

¿Ni qué gran mérito encierra un título de esos que tanto abundan i que ostentan unos cuantos picapleitos con puntas i ribetes de abogado, quienes se pagan de necio orgullo, no obstante sus continuas derrotas en los debates del foro? ¿Ello es suficiente acaso para ser centinela de la lei, guardián de la justicia i mentor de la República? Sirven estos títulos, nos dice la experiencia, no para aprender i respetar los principios, sino para doblar la rodilla i rendir la toga á los pies del machete.

Por desgracia, en la tierra de los ciegos el que tiene un ojo es rei, i al que posee una chispa de ingenio, con tal que se cuelgue al cuello una buena sarta de cascabeles, se le aclama i se le encumbra como á ser extraterreno.

¡Qué irrisorio es ver en la casa de las leyes, i en otros sitios de igual dignidad,

á ciertos correvediles, lo mismo que á algunos incultos jefecitos que andan por ahí con salpiques de sangre en la chaqueta!

Si no fuera porque la sabiduría no es exclusivo patrimonio de la edad propecta, podría decirse que la misión de legislar debía ser encomendada á los ancianos, como lo hicieron algunos pueblos en épocas pasadas.

III.

Un día se leyó en la cámara una instancia en la cual pedía un tal una pensión en virtud de servicios prestados á la patria. Los señores diputados, mui compasivos á menudo, i en ocasiones mui sin corazón, accedieron; á poco aprobaron otra petición de un *magister* que afirmaba haber envejecido en el magisterio.

Téngase en cuenta que estos maestros que exigen jubilaciones del Estado, son los peores enemigos de la enseñanza. Siguen el viejo sistema nemotécnico, que desarrolla una sola facultad i petrifica las otras. Así la racionalidad del niño no se desenvuelve por modo gradual i progresivo, conforme á las tendencias de la pedagogía moderna. De las aulas donde trabajan esos maestros antediluvianos, salen jóvenes de entendimiento obtuso, inactos para las grandes concepciones de una razón bien preparada.

Después de estas solicitudes, en todas las sesiones se leen instancias pidiendo socorros de la madre patria, que tanto ha menester de sus hijos.

Ha aumentado el número de los próceres, de los maestros que han encanecido en la escuela, de las viudas infelices i desvalidas: de todos los perezosos que encuentran mui cómodo meter la mano en el patrio bolsillo.

Acceder á esas peticiones infundadas,

no es sólo disminuir las rentas del Estado i aumentar el número de peticionarios, sino favorecer la ociosidad i quien sabe cuantos extravíos.

En la sesión del Congreso Nacional del 26 de julio del 1854, la Comisión de Hacienda al informar sobre una petición que reclamaba se indemnizaran servicios prestados á la *causa de la separación*, dijo, entre otras cosas: «que si se procediese á satisfacer tales aspiraciones, siendo infinitos los que con su sangre han merecido en los campos de batalla sus derechos á toda remuneración, no habría suficientes rentas en la República para cubrir tan sagrados deberes. ¿Qué dirían los valientes de Azua, Neyba y otros pueblos que por más de dos veces han visto desaparecer bajo las llamas sus campos y hogares, y pillarles sus ganados, por un enemigo encarnizado en su destrucción?»

Así se expresaban aquellos hombres, cuando estaba viva en los corazones la llama del patriotismo, dando evidentes

muestras de su sano juicio i del criterio de imparcialidad que campeaba en todas sus acciones. También dijo uno de los diputados de aquel entonces, refiriéndose al mismo asunto: «que el momento no era propicio para recompensar los servicios prestados á la República, y que se debían aplazar todas las peticiones de igual naturaleza para cuando el país pudiera echar una ofrenda retrospectiva que premiara los esfuerzos del patriotismo.»

Hai que repetir en la triste hora presente: «aun no es propicio el momento»; i agregar: «deben aplazarse todas las peticiones de igual naturaleza».

El pago de cuentas de revolución ha sido, más que un mal precedente, un precedente fatalísimo. Los generales, es decir, los primeros factores de la decadencia social, sostienen un comercio poco honroso con el erario público. Después que rinden su jornada, pródiga en rapiñas i desórdenes, durante una lucha estéril que troncha infinitas vidas i destroza

muchas fuentes de riqueza, se presentan al gobierno (que los recibe i acoje) con una cuenta apócrifa que formularon con el fin único de cobrar una suma que el Estado no les adeuda.

Es esa una de las formas del desfalco, sin contar los funcionarios de toda especie fugados con la plata del erario público, i sin tener en cuenta los varios modos que tiene el político de convertir el cobre deleznable en oro puro acuñado.

I después una República de arcas exhaustas, de crédito arruinado, de apocada dignidad, i hondamente lesionada en sus más sagrados fueros.

.....

IV.

Desde el punto de vista de la ciencia económica, el juego es de los peores enemigos de la riqueza. En él se pierde el

tiempo que debía aprovecharse en algo útil; i no sólo se pierde, sino que se emplea en un ejercicio inmoral, que es fuente perenne de innúmeros hechos delictuosos.

Un viajero llega á Montecarlo, i le señalan un sofá cuya flamante pana es más nueva que la de los demás muebles del gran salón donde se enseñorea el juego. El caso es que una dama rusa, después de haber perdido cuarenta mil rublos, se sentó en él i se levantó la tapa de los sesos. Naturalmente, hubo que ponerle nueva vestimenta á aquel sangriento sofá.

Otro caso. Ha sonado un tiro. La gente corre en distintas direcciones: hombres i mujeres entran i salen por la puerta de cierta casa. Algo extraño ha sucedido. Todos llevan en el rostro la crispadura del pavor. Es que el viejo, el jefe de aquella familia, tras larga i honrada labor, de un sólo balazo acaba de despacharse á mejor vida. I por qué? Porque uno de sus hijos ha perdido en el juego el

único dinero que él tenía para salvar su honra.

Si se sumaran las horas que esa clase numerosa dedica á tan abominable entretenimiento, se encontraría que se han perdido muchos años de labor edificante. Si se calcularan los irremisibles males que ocasiona el juego, i los seguros beneficios que se derivan del trabajo, se vería cuanto se ha disipado, moral i materialmente, en tan largos días invertidos de modo tan vergonzoso para el hombre.

Cuando el capital pasa de una mano á otra por medio del trabajo, se distribuye convenientemente i la sociedad entera disfruta de las ventajas de su movimiento. Pero cuando en una noche pasan centenares de onzas de oro de un bolsillo á otro, la familia que sufre la pérdida se hace víctima de una bochornosa miseria, mientras que aquélla á quien favoreció la suerte derrocha sus ganancias, que nada le han costado, en superficiales pompas i en fiestas inmoderadas cuya efi-

mera alegría deja siempre un rastro de dolor.

El capital en movimiento constituye la riqueza; pero ese movimiento de que hablan los economistas, es consecuencia de la acción del trabajo en sus distintas formas: es un movimiento evolutivo, creador, que acarrea i acumula la riqueza aumentando la producción. El curso que le dan los jugadores al numerario se opera en sentido inverso: destruye el capital, merma la producción, obstaculiza i disminuye el trabajo.

Supongamos por un momento una nación compuesta en su mayor parte de jugadores. ¿Qué cuadro presentaría á la vista del observador? El conjunto sería triste, desolante: reinaría la miseria por donde quiera; no habría cárceles para contener los criminales. La riqueza es *rara avis* donde el vicio ha sentado sus reales.

I no sólo se juega mucho, sino que se trabaja poco. O, para mejor decir, lo se-

gundo es consecuencia de lo primero. Los pueblos donde más se juega, son aquéllos donde menos se trabaja.

Los vagos han hecho del juego un oficio indigno, del mismo modo que en tiempos pasados se afiliaban á cuadrillas de bandoleros ó profesaban la piratería.

La capital contiene un largo número de gente del oficio. I de holgazanes de diferentes especies. Por encima de la multitud de políticos ociosos que hacen de ella un caldeado respiradero de pasiones, favorable á toda subversión, están los literatos novicios, de lentes i meleña, que han extraído toda su ciencia de unas pocas obras de forma decadente, para desgracia del que se ve en el trance inevitable de oír sus pésimas producciones: los placeros, que, como su despectivo nombre lo indica, han hecho de las plazas i paseos sus madrigueras de costumbre, i cuya ocupación constante es maquinar contra el orden público i el sosiego de las familias, darle pábulo á las

hablillas i poner á todo prójimo como chupa de dómine; los que viven de gorra, que andan torturándose la imaginación para encontrar cada día un nuevo contribuyente; los idólatras de Baco i de la venus impúdica, cuya orgiástica vida, disipada i crapulosa, arroja numerosas víctimas á la fosa común.

El juego

Los que se aplican á este vicio degradante proceden de diferentes clases. Juegan los comerciantes, la gente del gran mundo, los notarios, los médicos, los abogados, los ministros de Estado, los gobernadores, los representantes del pueblo, los magistrados de la justicia. Se juega en casas establecidas expresamente, de las cuales hai en cada ciudad más de media docena; en las sociedades de recreo; en el seno mismo de las familias: en todas partes. I no es raro ver, confundidos, á tahures i gendarmes en medio del humo del tabaco, de los vapores del alcohol i de la bulla incesante del garito.

Entre nosotros no juegan duques i marqueses de pura estirpe aristocrática, como en la vieja Europa, porque no tenemos acá de esa fina i noble gente de otros tiempos; pero en cambio el bronco gañán de manos cayosas deja los instrumentos de labranza con que rompe las entrañas de la tierra, atraído por el rumor que producen los dados al salir de los cubiletos de cuero i rodar en mugriento tapiz, reflejando en sus mágicas facetas de ojos negros el espejismo aleatorio del azar.

¡Cuánta tristeza abruma el corazón cuando brotan de la pluma verdades tan amargas! Hai, sin embargo, un consuelo: la crítica es un hierro candente; pero redime i da vida.

I no es sorprendente que jueguen los niños i las mujeres, cuando es notorio que las mujeres i los niños han tomado parte en los más reñidos encuentros que han tenido los grupos combatientes en las últimas revoluciones.

Se ha visto chicos de ocho á doce años,

batiéndose con valor pasmoso en medio de las más rudas acciones de armas. Por lo que atañe á las mujeres, se les ha visto hacer largas jornadas con el sable al cinto i la tercerola al hombro; hacer el centinela i estar en el pleito con tanta bravura como los mismos guerrilleros. Si el caso no es frecuente ni se manifiesta sino en lo más encrudecido de pasiones rayanas en locura por el estímulo de los hechos, es de todo punto cierto que las damas se mezclan con los hombres en el tempestuoso debate de las ideas políticas. ¿No tenemos en el país prestigiosos políticos de falda? ¿No registra la historia el inaudito fusilamiento de Trinidad Sánchez? ¿I no se dictan, con frecuencia, i con desdoro de la República, cartas de expulsión para señoras que van á rodar al extranjero por causas políticas?

¡Pero . . . el juego!

El hogar abandonado; la miseria reinante; el rostro lleno de vergüenza; el corazón dispuesto para las pasiones más

insanas; los sentimientos estragados: hé ahí los gages del oficio i la condición del jugador consuetudinario.

V.

¿A quién, en los tiempos que atravesamos, le será causa de sorpresa, que allá, en edades primitivas, un filósofo anduviera, al mediodía, con una luz en la mano, buscando un hombre bueno? Aun la duda nos asalta respecto del mismo sabio de la linterna, i nos hace formular estas preguntas: Diógenes el cínico, ¿era un perverso? ¿Obraba en él la hipocresía cuando sólo anhelaba, para estar satisfecho, un rayito de sol que calentara sus miembros? Lo cierto es que aquel filósofo, buscando un hombre probo con una linterna en la mano, á plena luz solar, cuando el mundo estaba en pañales, nos prueba cuán raras han sido siempre en el ser humano la virtud i la honradez.

En el vasto panorama de la existencia se ven pasar incontables figuras, i cada una de ellas es un misterio sin fondo para el ojo del crítico. En medio de esas inúmeras i diversas caricaturas que desfilan, se confunden, la virtud con el vicio; el hombre honrado con el malhechor; el sabio con el pedante; el sincero con el falsario; el generoso con el mezquino; el noble con el plebeyo; el humilde con el fastuoso; el verdaderamente grande con el pequeño i rastrero. El falso brillo del oropel se mezcla con la pura luz del oro. En el desfile, unos llevan dos caras, como Jano; otros van vueltos hacia atrás, como la mujer de Lot; unos van estúpidamente alegres; los más llevan las marcas del dolor; unos pasan fugitivos, como celajes; otros á lento paso; muchos, en forma de ciego torbellino de pasiones; los más, sin ápice de conciencia: todos, en confusa mascarada.

No hai que creer en las apariencias. A veces viste el miserable la túnica del

poderoso, mientras se cubre con harapos el que abriga un corazón magnánimo.

Si examinamos con detenimiento los hechos del hombre, vemos que en su vida ha realizado muy pocas acciones laudables, y que la suma de sus malas obras es bastante larga. Por eso cuando se fija la atención en los hombres ejemplares, se observa que estos son muy escasos y que no gustan de sonar ni de mezclarse en los asuntos públicos. Viven vida virtuosa, sostenida por el trabajo y dulcificada por el tibio aliento del hogar; su fama es moderada y se acrecienta lejos del ruido mundanal. Su existencia se desliza mansamente en medio de la quietud y el sosiego; y son queridos y venerados por toda la comunidad. A nadie perjudicaron ni ofendieron nunca, y de sus labios sólo salen la prudencia y el buen consejo. Caminan serenos, tranquilos, con la frente iluminada por la luz de la verdad. Si movieron alguna lucha, fué la de las ideas, y

la sostuvieron sin violencias ni claudicaciones.

*

Como el lobo suele cubrirse con la piel del cordero para mezclarse en el rebaño i tener la presa cotidiana más al alcance de sus garras, hai que examinar con atención los asuntos sociales para sacar de ellos ilesa la verdad, ya que el dolo i la hipocresía se hermanan á diario con fines lucrativos.

Bueno es tener en cuenta que no sólomente son infracciones las señaladas por la legislación, sino también infinidad de hechos que ejecuta el hombre cobijado por la impunidad de las apariencias.

El abogado, el médico, el político, el sacerdote, la meretriz, el comerciante, el juez i otros componentes sociales, ¡cuántas infracciones cometen que se quedan impunes por las deficiencias de la presente legislación universal! Si los distintos ramos del saber caminan á tientas i con

lento paso, no es menos cierto que la ciencia jurídica está muy lejos de acercarse á la suma perfección.

La sociedad necesita defenderse de la agresión constante que se ejerce contra ella. La lucha social está en pié, en distintas formas. Los combatientes están en la arena. Por qué pugnan? Por el bienestar. De dónde surgen? De la política, de la economía, de la religión, de infinidad de causas.

Pretenden algunos pensadores que la religión es la vara mágica con que se pueden conjurar todos los males i resolver el problema pendiente, que tanto preocupa en la época actual á los hombres de ideas. Buscaban en vano los antiguos alquimistas un elemento desconocido con que convertir en oro todas las substancias. Hoi el derecho positivo es el único elemento que puede allanar los obstáculos que entorpecen al hombre en su vida social.

Pero . . . volvamos á esa otra clase de

faltas que se cometen bajo las apariencias; faltas que, aunque de menor importancia, también contribuyen á mover la lucha.

Un médico tiene un cliente que padece una úlcera fagedénica. Empieza por recetarle un paliativo cualquiera; pero el mal no cede i el microbio continúa su labor. El enfermo se queja i entonces el doctor le aplica un ácido cáustico. De un antiséptico suave ha saltado á un terrible cauterio. Pero la dolencia sigue en crecimiento; el proceso patológico avanza. Ahora se ha presentado una costra blanca. El galeno, al notar el cambio, receta un nuevo medicamento. Pero aquella capa blanca no desaparece, i, al contrario, cada día se hace más gruesa i persistente. Es que en la úlcera se ha declarado difteria, i el doctor, á pesar de su título académico, no se ha percatado de ello. El paciente ha sido atacado de calentura, i su rostro, amarillo i cadavérico, demuestra que, «ya con el pié en el estribo», sólo

le queda un leve soplo de vida. Sin embargo, se le ocurre llamar á otro médico, i éste le ingiere unas inyecciones hipodérmicas de suero antidiftérico de Roux, le indica un nuevo tratamiento.

A los pocos días las membranas superpuestas se desprenden en forma de asqueroso cartucho, i la fiebre desaparece. El paciente surge á la vida.

Si el enfermo hubiera sucumbido sin recurrir á otro facultativo, sus herederos, ¿no hubieran debido tener una acción civil contra el médico que lo dejó morir, pudiendo salvarlo?

Curar ó aliviar es la misión del médico: lo segundo, cuando no es posible lo primero. Pero no le es permitido poseer, por puro lujo, algunos volúmenes de ciencia médica i otros tantos instrumentos de cirugía, i echarse á la escena, sin conocimiento de cada caso, sin intuición ni observación, contribuyendo á la muerte de unos i salvando á otros por medios fortuitos.

Después de algunos años de profesión, durante los cuales se echan á cuentas los galenos unos cuantos crímenes, se pasean, estoicamente, con aire de suficiencia i bolsillos repletos.

Es que el doctor Sangredo de la España picaresca, aun no ha desaparecido, i, ahora, en vez del viejo tratamiento de «sangrías i agua tibia», nos despacha á la ligera con una dosis de algo i un poco de fraseología técnica. Parece, pues, que la única preocupación del médico ha sido, i es, hacerse rico.

La diferencia que hai entre las infracciones penadas por las leyes positivas i las que se realizan bajo el manto de las apariencias, está en que las primeras son castigadas por los preceptos penales, con más ó menos rigor, según se trate de simples infracciones, de delitos propiamente dichos ó de crímenes, mientras que las faltas que se amparan bajo las apariencias, nada más tienen una sanción: la censura pública, el anatema.

Las apariencias son el falso manto con que ocultan sus malos hechos muchos individuos que se llaman honrados ciudadanos. Existen caballeros (de nombre) que se enriquecen á costa de la hacienda ajena. La mayor parte de los que gozan de nombradía local, sólo son especuladores que con sus manejos dolosos arruinan la sociedad en que viven. Todo, bajo el aspecto de las apariencias.

Los pueblos ignorantes viven i mueren sin conocer las causas de sus males, i su torpeza llega á tal extremo que en muchos casos elogian i victorean á sus peores enemigos i les ponen en la mano los intereses que les son más caros, mientras señalan con el índice de la reprobación al que los defiende contra la picardía i el engaño. Así encumbran hoy un ídolo i mañana lo abaten; i así coronan con espinas al mismo Hombre-Dios.

Así viven i mueren los pueblos incultos, sin conocer sus malhechores ni las causas de su ruina. Se sienten los efectos de

algo que produce estragos; pero no se sabe lo que es, ni de donde viene ni cuales serán sus consecuencias; se sufre hambre i sed, hambre de equidad i sed de justicia; pero se ignora de donde proceden la sed i el hambre, el hambre de equidad i la sed de justicia.

Hai una cosa que consume lentamente, que destruye i produce muerte segura; pero eso que socaba, aniquila i pulveriza i produce lenta, irremisible muerte, ese vértigo mortal en que se siente el pueblo envuelto, constituye su propio afán. I así vive i muere, cifrando su esperanza en la misma locura que ocasiona su ruina i labra su tumba.

VI.

El Padre Billini, cuyo nombre recuerda el pueblo con veneración, fué el primero que inició en la República el modo de hacer la caridad por medio de asociacio-

nes filantrópicas. Fundó una en el año 1869, i para sostenerla estableció una lotería. El mérito moral del hecho es digno de todo encomio; pero el error del procedimiento merece la censura, i puede asegurarse, sin hacerle daño á la intención de aquel filántropo, que mientras se formaba una sociedad con fines benéficos, que únicamente podía favorecer á un corto grupo de necesitados, se iniciaba la nación entera en un vicio que más tarde debía ser una de las causas de su voraz miseria.

Quizás alguno al llegar á este punto se sonría con sarcasmo, lo que no sería extraño, siendo nuestros tiempos de error i de concupiscencia. Ahora bien: si se me convence de lo contrario, vuelvo sobre mis pasos i rectifico mis opiniones. I adviértase, ante todo, que me guía un propósito científico i humanitario, lejos de mí la idea de herir á nadie. Soi intérprete del dolor, de la honda queja del miserable, de aquél á quien todos huellan

con la planta del pié i en quien se perpetran, impunemente, los delitos del poder, de la usura i de la hipocresía.

El filántropo Billini le ha dejado al pueblo una herencia fatalísima: las casas de beneficencia instituidas por particulares, i las loterías. En estas últimas está el mayor daño. El mal aumenta rápidamente: tanto cuanto puede soportarlo la comunidad.

Los asilos de pobres favorecen la vagancia, aumentan el número de inválidos i premian, puede decirse, la vida disoluta i desordenada. ¿Qué le importan al holgazán la miseria i las enfermedades si hai hospitales con las puertas abiertas para todo el que se aplique un falso vendaje i se finja el enfermo? I, ¿qué le va ni que le viene á ninguna asociación benéfica en acoger en sus asilos á quienes no lo merecen, si ella cobra crecidos sueldos por el hecho de distribuir unos socorros que no salen de su propio haber ni le cuestan una gota de sudor?

Esto es un atentado de unos pocos contra la propiedad de los demás, so pretexto de hacer la caridad pública.

Cada nueva institución de esta especie, que cuesta mucho i remedia poco, crea nuevos empleos que paga el pueblo, á quien se le arranca un impuesto exorbitante por medios injustificables.

Como no existe una lei sobre la materia, cada uno de esos establecimientos se administra como mejor le parece.

Seguramente, dentro de pocos años habrá muchas instituciones por el estilo, con su correspondiente contribución, cobrada al pueblo pobre (que es el que más billetes consume) por medio de las loterías: medio inmoral, desastroso para una nación desequilibrada i en bancarrota.

Aumentando las causas aumentarán los efectos. Con las puertas de los hospicios abiertas, la gente pobre, miserosa, trabajará menos i se enfermará más. De ese modo la miseria irá poco á poco ensanchando sus dominios.

Para algo ha de servir la paradoja: hai casos en que la caridad consiste en no hacer la caridad. La ciencia económica también nos enseña á dar la limosna de modo que realmente sea limosna.

Es mui triste cosa trabajar unos para que otros medren. Cada individuo está obligado, por la lei del trabajo i por la propia conservación, á proveerse de lo necesario para la vida. La lucha por la existencia es general: es lei común i eterna, inalterable é ineluctable. Contrariarla es error que produce gravísimos desconciertos.

Se hace la caridad por servir el empleo? Se sirve el empleo por hacer la caridad?

Lo único cierto es que sólo se da una escasa provisión á unos pocos que la necesitan i la merecen justamente; que se socorre á individuos cuyo estado de invalidez es originario de la indolencia i la corrupción; que se socorre á muchos vagabundos disfrazados de inválidos; que por administrar esos socorros se cobran

grandes sueldos: que para todo este negocio se le impone al pueblo una contribución fabulosa por medio de las loterías; que con esto se presta ayuda á la gente sin oficio i de mal vivir; que se crean puestos ilusorios i se contribuye á entorpecer la marcha regular i activa de los hechos i las cosas; que unos subsisten, ó se enriquecen, á expensas de los otros; que todo esto es una de las causas de la enfermedad política del país.

La causa del mal que agita, con profunda sacudida, al pobre pueblo dominicano, es una causa político-económica. I el relajó social i la disipación de la fortuna privada constituyen, casi en absoluto, la miseria pública.

La lotería, como todo juego, pervierte i arruina. I si no se le opone enérgico i perentorio remedio á esa doble fuente de hambre i de perturbación, no se sabe como ha de seguir viviendo una sociedad sobre la cual pesan tantas i tan desastrosas calamidades.

VII.

Ha sido la República un inmenso campo desolado fecundo en grandes sucesos. Los trágicos de todas las épocas hubieran hallado en él abundante materia para sus magnas creaciones.

La ficción caballeresca de los tiempos medievales no hubiera encontrado en su propia maravillosa fantasía los hechos que palpitan en nuestra informe leyenda.

Las vertientes de las montañas, las frondosas gramíneas de las llanuras i los verdes i flexibles juncos de las cañadas, ocultan singulares acontecimientos que canta la brisa con tristeza en los picos de la sierra i que murmura el arroyo con voz doliente al escabullirse entre el ramaje que forman las colinas en sus tortuosas quebradas.

Las frías cenizas que avienta el aire donde en otro tiempo fué aldea ó cortijo de labradores, ¡cuántos secretos guardan en su triste i misterioso silencio sepulcral!

¡Cuántas confidencias hechas al borde de la tumba, en medio de la matanza i el incendio, entre el rudo estampido de la metralla i la mortífera fusilería!

En las ciudades, al doblar de las esquinas, en el confín de la callejuela, detrás de las sombrías murallas del cementerio, en el atrio de la ermita, en la altiplanicie de vetusta fortaleza derruida, en el seno mismo del hogar doméstico, ¡cuántos dolores de muerte, cuántas convulsiones estertóreas, cuántas vidas tronchadas por el plomo de los bandos combatientes!

El espíritu bélico de la raza indígena i la valentía sin par del español, dejaron en el suelo quisqueyano sus huellas, sus sueños quijotescos, sus iras i su épico temperamento aventurero.

Cótubanama, el corpulento, aquél que hubiera podido luchar á brazo partido con Milón de Crotona, ruge aún en nuestras selvas, con voz tonante, i aun se escucha repercutir su patriótico lamento de cumbre en cumbre i de abismo en abis-

mo; aun se yergue el bravo i leal Mayobanex con su cabello crespo como la melena del león i su altivez i noble gentileza de hidalgo castellano.

El ardid, simbolizado en los relucientes grillos puestos á Caonabo, todavía se mueve en forma de rústica, pero sagaz alevosía; i no falta crédulo i tímido Guacanagarí que fie con candidez en las falaces promesas del arijuna sin entrañas.

*

Hacia el noroeste de la República la lucha ha sido cruda. Existen puntos estratégicos donde la muerte ha devorado con más saña á los combatientes.

Hai un sitio formado por una cadena de pequeñas montañas que sé extiende por los cabos recorriendo una larga trayectoria, interrumpida á veces por un áspero despeñadero, ó por un verde llano en cuya superficie da interminables vueltas, como una fina madeja, un hilito de agua cristalina. Allí, cuántos horrores!

Cuando la luna brilla, en noche clara, ilumina infinitas tumbas que la saña i la venganza colocaron allí, á cortos intervalos, donde el hombre, ciego de cólera, en vez de abonar el suelo i cubrirlo de cafetos, cavó fosas sin cuento para depositar en ellas el cadáver escarnecido de la patria.

El ojo del viajero encuentra en donde quiera las huellas del desastre.

Aquí, una sabana de rastrero césped, teatro de refriegas sangrientas, en cuyos confines se oye el solemne rumor de espeso monte que guarda—medroso i sombrío, en una sola tumba i junto á una vereda formada por una leve inflexión del ramaje— como amargo fruto de la guerra, centenares de cuerpos hechos trizas. Allí duermen, unidos, amigos i enemigos, el indecible sueño de la eternidad.

Allá, debajo de inmenso cañaveral que ondula, movido por la brisa, como las aguas de un lago, reposan, en ancha sangría abierta en las entrañas de la tierra,

innúmeros esqueletos que arrojó allí, como á las playas de una isla desierta, el iracundo mar de las pasiones políticas.

Más allá, en la margen izquierda de un río en cuyas aguas impetuosas parece que se agita el alma de la raza indígena, se destacan del suelo montículos de tierra húmeda que aún no ha cubierto la hierba silvestre. ¿Qué dejó allí la mano del hombre? Tristes reminiscencias de carnicería riña!

No lejos de otro río en que bañaba su cuerpo musculoso i fuerte el noble cacique Guarionex, el trabajador infatigable, se levantan numerosas cruces, en la falda de elevado cerro. El tosco madero que colocó la mano de la piedad en aquellos ignorados sepulcros, se inclina sobre el nivel del suelo, recordando, para mayor irrisión, los ricos mármoles que blanquean en el famoso cementerio de Génova. Sin embargo, un himno sublime—el himno grave i majestuoso que elevan los pinos al retorcerse unos sobre otros, impe-

lidos por el viento—puebla de cánticos
aquel recinto donde aun finge el oído el
fragoroso tronar de los cañones.

A un tiro de ballesta de la ciudad pri-
mada, siempre hizo presa la metralla en el
campo enemigo. Se hacinaron allí mon-
tones de víctimas humanas que calcinó á
veces la flama de criminal incendio. Oh,
noches trágicas infernales! ¡Cuánta son-
risa, en aquel tremendo trance, en los li-
bidinosos labios de Nerón! ¡Oh, Dante,
cuántas ocasiones has perdido de ver lo
que soñó tu fosca fantasmagórica imagi-
nación! El amanecer de muchos días
siempre sorprendió allí restos de cadáve-
res insepultos. Después el amor i el bien,
compasivos, plantaron algunos cipreces
sobre fosas de tiranías i barbaries que so-
breviven aún, que aun inspiran lástima.

Una mañana, el sol, enrojecido como el
ojo ensangrentado de un cíclope, alumbró
por breve espacio una lucha de esparta-
nos, ó, mejor dicho, de oscuros ignaros
idólatras de un ideal de fanatismo. Fun-

cionaron las baterías i el fusil no tuvo punto de descanso durante algunos instantes. A poco, la matanza había sido atroz. Burdos carros de conducir mercaderías atravezaban las calles de la capital estibados de gente reciénmuerta. En el lugar del siniestro habían quedado miembros dispersos i señales sangrientas pavorosas. Una pieza disparada á quema ropa le había tronchado un brazo á un rebelde á raíz del omóplato. Aquel pedazo humano de músculos i nervios en agonizante contracción, rechazó con violencia en un rótulo de una tienda i fué á rodar por el revuelto polvo de la calle, cuando todavía á uno de sus extremos se crispaba una mano temeraria irreductible como si pretendiera empuñar nuevamente el arma fratricida.

Grueso haz de hombres sin vida fué enterrado en profundo zanjón que abrió la fiebre del momento á corto espacio del *aguacate* á cuya sombra inmolaba sus víctimas propiciatorias el tirano.

En noche triste, cuando apenas parpadea alguna remota estrella solitaria i la luna se arrebuja con obscuras nubes, se queja lúgubrementemente el ánima de aquellos infelices junto á la escarpada roca en que las olas baten sin cesar.

Al hacer del hombre un objeto de sacrificio, se revive la barbarie de los primeros días de la especie humana i se recuerda á Rhanssés, que para contar sus vencidos les separa las manos de las muñecas; á César, que ordena á sus soldados, en Farsalia, herir al enemigo en el rostro; á Nerón, que sonríe cruelmente mientras las fieras devoran en el inmenso anfiteatro á los sectarios del cristianismo; á Gengis Kham, que celebra sus victorias elevando al cielo pirámides de cráneos; á Géssler, que condena al libertador de Suiza á disparar el certero arco sobre la cabeza de su propio hijo.

I mientras crispera los nervios el estridente relinchido del bruto hecho cónsul, retumban á distancia i hundiendo el suelo

los cascos del corcel de Atila, quien á un tiempo azuela é incendia el campo de sus adversarios vencidos i deshechos.

*

Ha dejado la lucha de hermanos contra hermanos una nación de inválidos. En cada punto del patrio suelo se encuentran incontables mutilados miserables é infelices, implorando una limosna de la caridad pública ó devorando con avidez la peseta que les arroja con indiferencia algún engreído mandarín entronizado.

Aquellos que no han perdido un brazo, una pierna ó un ojo, llevan las señales del plomo ó el acero, en la cabeza, en el pecho, en alguna parte de su cuerpo.

De los que se despedazaron como lobos hambrientos, el que no encontró obscura muerte en apartado villorio ó solitario paraje, quedó con la piel contraída por hondas cicatrices ó surcado el cráneo por proyectiles que de rechazo le dejaron indeleble marca.

Si se inquiera la causa por que llora la

viudez, acongojada i sin consuelo, se hará pedazos el corazón al oír esta respuesta: «porque no sólomente mi marido sino también mis hijos, todos han sido víctima de la hecatombe».

En la rústica choza, en el palacio, en las ruinas, en el cortijo, en el sagrario del templo, en el caserío, en el cementerio, en la ciudad, en todas partes están profundamente grabadas las huellas que ha dejado esa siniestra tempestad que hace tanto tiempo azota á la República.

Al despertar la familia por la mañana, en el seno del hogar, lo primero que sus ojos ven, al abrirse, son las señales que han dejado allí el fusil i el cañón.

I las lesiones físicas, esas que se presentan á la vista de todos, no son tan graves como las que sólo pueden percibirse en el campo de la observación médica.

No son tantos los organismos destruidos por las heridas de las armas como

los que se agotan por la intensa zozobra que origina un prolongado período de guerra.

Son entonces las afecciones nerviosas un abismo insondable, i parece la mayoría de la población víctima de vesania i de neurosis aguda.

Deshojada en el campo de batalla la flor de nuestra juventud, i pálida i enferma la que sobrevive al exterminio, errarán nuestras robustas hembras, huérfanas de amor i muertas de tristeza, devorando en su pecho los más crudos pesares i los fecundos gérmenes de una raza nueva pujante i vigorosa.

VIII.

«El mundo marcha»: sí: hai una lei de progreso que rige á todas las sociedades. Este es un principio universalmente ad-

mitido. Hé ahí la historia de la humanidad. Santo Domingo no puede sustraerse á esa lei común. Todo va hacia el bien, todo marcha adelante. Los pueblos se aletargan, se detienen en su curso; pero ese *statu quo* es siempre un período de gestación, una etapa de madurez. Se vacila, se retrocede; pero ese vacilamiento i ese retroceso son indispensables para salir avante. «La humanidad progresa padeciendo».

Hai dos facultades evolutivas que impulsan el ser humano al perfeccionamiento: la imitación i la investigación. Por la imitación también se aprende lo ilícito i lo inmoral: existe la imitación del crimen; pero el discernimiento, palanca poderosa de la razón, descarta lo pernicioso, despeja i orienta. La investigación lanza el espíritu del hombre hacia lo desconocido i es como una antorcha que ilumina á un lado i otro el campo de avance.

Estas facultades son dos medios que se completan el uno al otro i que forman,

en síntesis, lo que se llama lei de progreso.

El atraso de Santo Domingo es debido á muchas causas, de las cuales la primera es la desacertada dirección que le imprimen á la cosa pública las clases políticas. Lo hemos dicho.

Ya se notan marcados síntomas de degeneración, i las contínuas locuras que realizamos demuestran el estado de decadencia de nuestras facultades mentales. I no sólo es un hecho cierto nuestra declinación mental i moral, sino también nuestro decremento fisiológico (*mens sana in corpore sano*). Arruinada la razón, las demás facultades han de sufrir decaimiento, i las fuerzas físicas irremisiblemente han de ir en disminución. Ahora bien: este estado patológico que consume á un tiempo las energías de la materia i las manifestaciones de la inteligencia, no puede durar infinidad de tiempo, merced á las condiciones de vida propia de que disfrutamos; merced á nuestra posición

geográfica i á los cambios, quizás fundamentales, que se han de llevar á cabo en el comercio de las naciones; merced á la civilización, cuyo movimiento impulsivo es cada día más acelerado.

CONCLUSION.

«En todas partes existen hombres que se distinguen y no por la virtud del amor á su país, sino por la ficción de este amor para tener oculto el de su medro particular. — (JOSÉ M^o SERRA)».

Hace como un año que este libro fué escrito. Sin embargo, su oportunidad no ha pasado: no puede pasar. Sus verdades son comunes á una época, á un conjunto de hechos que forman un estado social, i no pueden sufrir menoscabo de un día para otro. Aun más, en sus páginas se señalan vicios i costumbres inherentes al hombre, i la censura perdurará mientras existan hechos vituperables.

Lo mismo en esta que en cualquiera otra sociedad, han de ser estos pensamientos de constante aplicación, que en todas partes se cuecen habas i la sociología tiene su base i asiento en toda la familia humana.

*

Hemos recorrido la escala del parasitismo político i hemos visto pasar, como en un cinematógrafo extravagante, infinidad de cosas desproporcionadas. Pero nada hemos visto más horrible que los traficantes del erario público.

Cuasimodo fué la deformidad física. Hai almas cuya deformidad moral sobrepasa la insólita monstruosidad del personaje hugoniano. ¿Conocéis una alma jorobada, de ojos de sapo, de cabeza de pulpo, cubierta de pelos ásperos i ascosos como los que bordean una úlcera? ¿Una alma que ríe como lloraba Lord Gwynplaine i cuyas muecas ponen pavor en el ánimo como las figuras trágicamente

horripilantes que dibujó Alighieri en el infierno? ¿Una alma que gime lúgubremente como las ánimas que andan en penas? Así es el alma de los que usurpan el oro de su patria. ¿Habéis levantado la tapa de un sepulcro blanqueado? Tal es la pestilencia que despiden esas almas monstruosas.

El infeliz que se precipita, en noche lóbrega, armado de escoplo i martillo, sobre la caja fuerte de un avaro, es mehos culpable que el que teje un ingenioso espejante para arrancarle á su país incalculables sumas que después han de ser cobradas irremisiblemente i quien sabe si por la amenaza de Estados poderosos.

No se ha visto nada más atroz. La avaricia de oro es la mayor bajeza de espíritu.

El oro, el oro sobre todo lo demás. Que no haya República. Para qué una bandera? Ese es sueño de locos. Los repúblicos son unos extraviados. Su aspiración es vana, ilusoria como las quimeras del poeta. No os inspiréis, no hagáis versos. No se

debe hablar de moral, no debe escribirse acerca de política. Hai que ser buen economista, es decir, enriquecerse á toda costa. ¿Para qué burilar con la pluma un período bonito i sonoro? Haced mejor unos cuantos números. No se debe ser filósofo, ni siquiera con Augusto Comte. Se debe ser matemático. No estudiéis á Kant ni á Spinosa; no soñéis con Aristóteles. No comulguemos con los socialistas. Imitemos á Epicuro i á Sardanapalo. No admiréis á Tito. Acercaos á Nerón, ó, mejor, á Calígula, el loco devorado por insaciable hidrópica sed de riquezas. No hagáis nada que sea digno, no busquéis lauros en la ciencia ni en el arte. No os lancéis, como Ricaurte, en un momento de locura, á la inmortalidad. No seáis Bruto, no cercenéis las entrañas de César ni de Lilís. A qué tanto desvarío? No tenéis sentido común? Sed prácticos, sobre todo sed prácticos. ¿Qué vale una corona cuando se es Rostchild? No paséis el Rubicón ni descendáis sobre los Alpes á

las llanuras de Roma. Mejor que eso es poseer el dón del rei Hiero de convertirlo todo en el precioso metal. Mejor que todo eso es gritar, como los personajes miliunanochescos: «ábrete pirindita!»; ó gilblasear, de seca en meca, haciendo aquí una picardía i asaltando, más allá, á unos pacíficos viandantes.

¿Por qué mientras unos viven en la opulencia otros se mueren de hambre? Esta pregunta la repiten los socialistas en todos los países, i especialmente en las grandes naciones industriales donde el capital ha llegado á ejercer una presión avasalladora sobre la clase proletaria. I allí la respuesta tiene sus explicaciones i se lucha por nivelar los medios de vida i ponerlos al alcance de todos los consumidores.

Por acá, donde la riqueza no se ha desarrollado aún, se forman también capitales de millones de pesos; pero. . . cómo?

.....

Las revoluciones han tenido siempre

como propósito predominante, no un ideal político, sino un fin de lucro i de bienestar. Cuando los principios, puestos en práctica por medio de instituciones sabias, hayan ahogado la ola caótica de la revuelta vulgar, surgirá la revolución del hambre. Ningún pueblo podría vivir sin revelarse, por sumiso que sea, contra un impuesto que no esté en armonía con su producción i sus medios de subsistencia.

Más que la crisis social, el hambre canina inaplazable que hoi se siente, está en el hurto hecho al tesoro público. La República necesita seguir viviendo. ¿Cómo ha de vivir sin un sistema de tributación? Se debe mucho, mucho: todo lo que ha disipado la clase privilegiada: los políticos. Hai que pagar. Quién ha de pagar? Ese mismo que se muere de hambre i desnudez; ese mismo que si respira fuerte se le encarcela; ese mismo que si es franco se le engrilla; ese mismo que si tiene aspiraciones se le extraña de su suelo natal; ese mismo que si protesta á mano

armada se le fusila i se le debasta su hacienda; ese mismo que debe sufrir i callar mientras se le convierte en una especie de esclavo.

¿I es posible que los menos sometán á los más? Esto ni parece lógico ni científico. Sin embargo, la nación puede dividirse en dos grandes grupos: políticos (clase privilegiada); no políticos (clase proletaria).

El primero de estos grupos es relativamente mui escaso; el segundo es numeroso. El primero es hábil, avesado, diestro en su oficio, maestro en sus maniobras, infatigable en su disociadora labor. El segundo grupo, ignorante é incapaz porque no se le educa ni se le permite el ejercicio de sus derechos, es un esclavo, no á la manera antigua, sino como ahora se acostumbra. Trabaja mucho, padece mucho más i vegeta bajo la doble desgracia de la injusticia política i la pesada carga de que es usufructuario el grupo político.

¿Por qué bastan algunos meses para

que un interventor de aduana se haga rico? ¿Por qué la mayoría de los empleados públicos, ganando sueldos relativamente moderados, viven vida holgada, i más que holgada, licenciosa i opulenta? Para usar carruajes, vestir con lujo, comer opíparamente i pasear, se necesita por lo menos poseer una buena fortuna. Los políticos, que generalmente salen de las filas burguesas, á poco de ocupar un destino se colocan en condiciones monetarias desahogadas, pero que hacen dudar de su honorabilidad i honradez. No es este un hecho raro i desconocido; al contrario, es cosa común i de viejo reprobada.

La lucha por la vida debe impulsar al trabajo: tal es la lei. Pero en estos países desorganizados donde las funciones públicas han llegado á ser un negocio lucrativo, la falta de medios i la penuria constituyen i fomentan la inmoralidad política.

¿Por qué, pues, repetimos, existen muchas familias en lamentable estado, pere-

ciendo por el hambre i la desnudez, careciendo hasta de lo más indispensable para su subsistencia material? ¿Por qué numerosos infelices duermen en los portales de las casas, tiritando de frío, harapientos, sin haber comido ó habiendo comido mal? I por qué en los sitios más pintorescos de las ciudades, ó en sus afueras, se alzan vistosos edificios i quintas alegres i cómodas para pasar los rigores de la estación? ¿Por qué existen presuntuosos señores que poseen soberbios caudales i ostentan un esplendor que contrasta desagradablemente con la miseria de la sociedad en que se mueven? ¿Por qué hai quienes atraviesen la Europa entera gastando miles de pesos en viajes de recreo, sin fortuna conocida i sin que disfruten de grandes sueldos?

Podría decírsenos (i en parte lo aceptamos): los que sucumben víctima de la indigencia, son unos haraganes; en un país cuyas tierras están sin cultivar no debe haber hambre ni miseria: el trabajo lo

suple todo. I, además, hai capitales adquiridos honradamente, i muchos mendigantes que lo son por propia culpa.

Está bien: pero seamos lógicos; busquemos un término medio. Porque todavía no somos agricultores ni industriales, sino que empezamos á serlo, es por lo que no tenemos medios suficientes de producción. I es ello por lo que pagamos tributo al extranjero i por lo que la clase privilegiada, la que gobierna, nos impone una contribución superior á nuestras fuerzas.

Es más: el impuesto que cobra el Estado es demasiado gravoso, porque lo pagan por igual el pobre i el rico, el que nada tiene i el que tiene propiedades. Es por demás gravoso, por que no tansolo debe emplearse en sostener la vida de la República, és decir, en llenar los fines para que ha sido creado, sino que también, además de cubrir un presupuesto caprichoso, debe alcanzar para extinguir la deuda pública, de origen inmoral, i satis-

facen las mil ambiciones de los profesionales de la política.

*

Verdaderamente, el medio puede mucho. Es como una especie de atmósfera; es un ambiente inmaterial que cala, penetra i ahonda insensiblemente. ¿Cómo salvar á un niño de las influencias climatológicas que lo rodean, lo envuelven i lo siguen á todas partes? El aire malsano, donde el viento no se agita, produce malaria. Sitios pantanosos son adversarios incluíbles de la salud física. Tal sucede moralmente. El que rueda á un subterráneo donde hace falta oxígeno puro, muere asfixiado. Sabéis lo que es la muerte por asfixia?

Cuando el mal azota fuertemente por todas partes; cuando la estulticia i el error forman una gruesa capa, á manera de velo denso é impenetrable, el espíritu del hombre se asfixia, se ahorca, pudiera decirse. ¿Cuántos no existen, ya viejos,

completamente estrangulados? Los que están bastante jóvenes, todavía no han muerto moralmente: se encuentran en estado de atrofia, casi petrificados.

Ya han visto la argucia i la hipocresía, que convenimos en que el medio es deletéreo. Pero no aceptamos que no sea modificable. Si se ha convertido en costra, hágase uso de la piqueta; si se ha convertido en roca, ahí están los explosivos. Todo es hacedero: nada es imposible. Existe una gran necesidad: sanear el medio: higienizar la sociedad.

Difícil la obra? Sí que lo es. Los que están enfermos, de niños ya padecían. Su primera educación fué el ejemplo de sus mayores, i lactaron i crecieron en el teatro de los acontecimientos. Al salir de los establecimientos docentes, ¿qué oyeron i discutieron? Llegó á sus oídos la ola de la política bastarda, escucharon relatar los hechos más recientes i al doblar de cada esquina formaron corrillo para comentar las revoluciones i las vul-

gares azañas de sus compatriotas. ¡Cuánto arrojo en tal asalto! ¡Cuánta resistencia en tal plaza sitiada! Qué ridícula huida la del general fulano i cuánto desastre en la última campaña! I las lecciones de las escuelas se confunden con la algazara de los charlatanes, con el sordo rumor de las pasiones i con la inconciente opinión de los que no conocieron otra ciencia política que la que se aprende en los cafés i en los casinos.

Así se llega á hombre, i el que mayores conocimientos adquiere, sin haber nutrido su espíritu en los abrevaderos de la doctrina pura, oficia de docto i lanza á la publicidad una prédica trunca, sin fundamento, preñada de rencores i ocasionada siempre á desconciertos i despropósitos sociales.

Sin embargo, estos hombres están en todo, en todo meten la mano, se hacen necesarios é imprêscindibles en todo, como que son magníficos instrumentos para las mil variadas operaciones políticas del poder.

Por encima de ellos están los raros, los soñadores, los *fracasados*, los que anhelan un imposible, los platónicos en política, los de corazón hecho pedazos, los de cerebro caldeado por el fuego sacrosanto de las ideas, los que desean la paz de la justicia, los que pugnan por la estabilidad de las libertades, los que se desvelan por el bien posible de todos i cada uno de los ciudadanos. Por encima de ellos están; pero amenazados, reducidos, silenciosos i en peremne espectación dolorosa.

Su número es estrecho, pero su palabra penetra en las multitudes, alienta, consuela é ilumina. Por eso son temidos i combatidos. Son escasos en todas las sociedades, pero son siempre la estrella que guía á las muchedumbres, la voz que pregona las reformas futuras, la pitonisa que á veces razga el velo de lo porvenir. De ahí su contienda; de ahí sus padecimientos. Elaboran la perla; pero se abren la herida. La idea es fuerza, derriba, es catapulta. Pero cada esfuerzo produce

dolor i cada triunfo cuesta una gota de sangre.

Los méritos de aquellos que se levantan sobre los demás, no se reconocen sino después que ellos han pasado. Por eso puede decirse que la muerte es la gran reparadora. ¿Cuál de nuestros políticos actuales de verdadera elevación moral es llevado de boca en boca? ¿Cuál de nuestros literatos ú hombres de ciencia es celebrado tal como lo merece? Ejemplo magnífico, quizás único en los anales de nuestra literatura, es el intento que acaba de tener ocasión: una sociedad particular ha proyectado coronar la olímpica frente del más ilustre de nuestros poetas: Gastón F. Deligne. ¡Cuánto es sorprendente que se haga justicia á quien lo merece!

¿Cuál de los otros recojió nunca un laurel? El menosprecio por los escojidos ha sido la norma, cuando la estrechez circunstante no los ha fustigado terriblemente. Las conmociones sociales lanzan hombres á gran distancia. La corriente

emigratoria que ha salido constantemente de Santo Domingo, no sólo ha dejado la nación sin habitantes, que á esta fecha pudiera tener millones de ellos, sino que ha dispersado á los dominicanos más sobresalientes en distintas direcciones. Algunos de ellos, idos de niños, ó antes de nacer, han dado gloria i nombre a otros países. Aun se ve en Santiago de los Caballeros el solar nativo de los Rojas, en cuya cepa tuvo origen uno de los más conspicuos venezolanos.

Hace poco vino un anciano notable á traerle sus restos á su madre patria: Alejandro Angulo Guridi. Sin embargo, su inspiración no fué cumplida. Con los ojos humedecidos por el dolor, tuvo que alejarse de sus queridas playas para ir á legar sus cenizas a otros lares que le fueron más propicios. Nada puede justificar ese hecho. Guridi fué una de las más connotadas figuras de hispano-américa: ahí están sus obras. I además, en las actuales condiciones de la humani-

dad, el hombre puede levantar su tienda en donde quiera que la fortuna le sea favorable.

Dónde murieron los Delmonte i Tejada? I casi todos nuestros hombres de valer han errado en tierra extraña. Otros, sin empeñar el báculo del peregrino, viven i pasan desapercibidos. ¿Qué ruido metió César Nicolás Penson, i quiénes lo mientan i cuáles son aquellos que lo conocen? Quiénes veneran i rinden culto á Salomé Ureña i á José Joaquín Pérez? Acaso sus familiares i tal vez uno que otro letrado de nombre distinguido.

I, por otra parte, á Hostos i á Baldorioty de Castro los combatieron la necedad i la ignorancia. Después . . . á Pantaleón Castillo se le nubló la razón i el Dr. Henríquez apenas si puede asentar la planta entre sus compueblanos.

*

En la última memoria del departamento de relaciones exteriores se dice que la

República empieza á florecer. No tanto. Ojalá fuera cierto! Cuánta satisfacción rebozaría en los corazones! Cuánta alegría, entonces, en los que aún alientan esperanzas! Si cuando tenemos un vehemente deseo pudiéramos verlo convertido en realidad en un instante, tal vez sería cierto lo que no pasó de ser un delirio de la mente. ¡Oh, cómo se ofusca la imaginación del patricio cuando sueña grandes venturanzas para su patria afligida!

A la caída de Lilís, cuál fué el cuadro que se presentó á la vista del observador? Un campo cuasi desolado. A los ocho años de muerto el tirano, ¿en qué condición estaba el país? En completa anarquía. No puede ser que los pueblos se repongan de sus tremendos desastres de la noche á la mañana. Un largo despotismo, seguido de una prolongada conmoción, produce heridas de tal magnitud que es imposible que se cicatricen en tan poco tiempo. No hace ni siquiera algunos meses que sonaron las postreras des-

cargas de la guerra civil. Las carabinas todavía están calientes i humeantes.

En sentido material la nación ha adelantado; pero mucho menos de lo que ha debido adelantar. El progreso es ineludible; pero avanza con paso lento ó acelerado según que su camino esté espedito ó pleno de obstáculos. ¡Si no hubiera habido tiranía ni anarquía, oh, qué bueno hubiera sido! Supongamos que Méjico no hubiera estado sometido tanto tiempo á la férrea mano de Porfirio Díaz, que el pueblo mejicano fuera absolutamente libre i que en él los principios de la democracia hubieran arraigado con solidéz. A esta fecha aquella hermosa porción del mundo, privilegiada por más de un concepto, no tendría nada que envidiarle á su vecina la República de los Estados Unidos, la ambiciosa, la que no se conforma aún con lo anexado i pretende todavía extenderse por el orbe entero con sus velas mercantes i sus acorazados de guerra. I no tendría tampoco que temer



de romper sus hostilidades é irse á la guerra tal vez más trascendental que pueda ocurrir en el presente siglo. •

Lo más urgente para nosotros i para nuestros vecinos las haitianos ha debido ser, en todo caso, asegurar sobre base sólida i estable las relaciones diplomáticas interiores de la isla. La unión hace la fuerza. Dos repúblicas que comparten el gobierno de una misma ínsula i que naturalmente están aliadas, no deben tardar más tiempo sin levantar una estatua á la paz en el lindero que las separa i llevar á feliz término un tratado de confederación que las haga poderosas i dueñas del brillante porvenir que el destino les reserva. La guerra con nuestra vecina (que ojalá nunca vuelva á suceder), sería el aniquilamiento de entrambas. Cualquiera de las dos naciones cuenta con suficiente número de habitantes para no ser sometida por la otra, i, como dijo Duarte, «entre los dominicanos i los haitianos no es posible una fusión». En cambio, con

unos tres millones de almas sería la isla bastante fuerte para garantizar sus intereses materiales i mantener el nombre i la honra de sus dos banderas.

Es tiempo ya de estrechar relaciones de todo género con nuestra más inmediata República. ¿Por qué no hemos de conocer á sus hombres de ciencia, á sus literatos, á sus políticos? Ha llegado la ocasión, por la fuerza de las circunstancias, de que la vía férrea, la carretera, el telégrafo i todos los vehículos del progreso, i la comunidad de un mismo ideal, unan las dos naciones en un apretado lazo. Decía el padre de la patria: «Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores, y veo como los vence i como sale de la triste condición de esclavo para constituirse en nación libre é independiente. Le reconozco poseedor de dos virtudes eminentes, el amor á la libertad i el valor:

pero los dominicanos, que en tantas ocasiones han vertido gloriosamente su sangre, ¿lo habrán hecho sólo para sellar la afrenta de que en premio de sus sacrificios le otorguen sus dominadores la gracia de besarles la mano?»

Ya veis unos i otros: la antigua aspereza debe convertirse en sincera amistad, i las dos Repúblicas deben sentirse obligadas á aliarse ó confederarse para engrandecimiento i provecho de ambas. La unión hace la fuerza.

La política anexionista del Gabinete de Washington no ha extendido sus influencias sobre Santo Domingo sólomente. Los tentáculos del gigantesco pulpo se han esparcido rápidamente i por todos los caminos que conducen al imperialismo.

El expresidente Estrada Palma fué propicio, en Cuba, con desdoro de su nombre de patriota, á esa mala política americana. ¡Ah... si Martí estuviera vivo! Rafael Reyes, político providencial, tuvo culpa en el desmembramiento de su pa-

tria, donde no faltó un José Amador, especie de Judas, que se hiciera árbitro de la recién nacida República de Panamá.

Y sin embargo, no parece que todos los tiranuelos de suramérica acepten sin escrúpulos la violenta egemonía de los norteamericanos. José Santos Zelaya lucha, aunque no sabemos si con fines ulteriores, por la confederación de Centro América; i Cipriano Castro, el andino funesto, ha defendido con encomiable arrojo la bandera venezolana.

*

El aumento de nuestra población es de las más importantes i perentorias necesidades que se avocan en la hora presente. Si ese arduo problema continúa sin resolverse, seremos absorbidos por asimilación lenta. Nada fué nunca más injusto i erróneo que la guerra sin cuartel que se le declaró siempre al árabe que arriba á nuestros puertos. Trabajador infatigable, honrado, sumiso, de índole pacífica



i de excelentes condiciones de moralidad, constituye el árabe, por varias razones, la emigración más provechosa á que podemos darle acogida. De muchos pretextos se han valido los tontos, por no decir otra cosa, para ponerle obstáculos á esa buena gente.

Es oportuno advertir que si la zafra se hace en San Pedro de Macorís, es por los cocolos, que debían formar una especie aparte entre el hombre i el mono, debido á la tosca é ineducable constitución de su organismo físico: tanta es la necesidad de brazos para desenvolver los veneros de nuestra riqueza agrícola.

*

Pero... hai que concluir.

Elías, el profeta hosco, abandonaba sus cavernas en la altura de las montañas, descendía á presencia del pueblo, i su palabra fluía allí como un raudal de indignación. Después tornaba á la meditación i á la penitencia. Entonces su pecho res-

piraba tranquilo i su espíritu, saturado de inefable consuelo, se alzaba sereno por encima de las miserias humanas.

Con motivo de su obra titulada Derechos del Hombre, dijo Pelletán: «He colocado mi mano sobre el corazón de la Francia, he sentido sus latidos i he escrito este libro». Yo puedo decir: he palpado indecibles padecimientos, he visto errores incalificables, me he sentido capaz de pensar i en posesión de derechos incesibles, he observado, he sufrido, he soñado hacer un bien i he escrito estas líneas, que son como el índice de un trabajo más estenso, menos áspero i de mayor intensidad.

I termino con aquella frase con que Duarte, al volver del exilio, saludó por primera vez el pabellón de la República: «¿Haremos feliz á nuestra patria? Ah! ¡Maldito sea todo aquel que ahora ni nunca ocasione su desgracia...!»

INDICE.

Pórtico.....	Página	5
Por qué?.....	"	13
Inviolabilidad de la vida.....	"	19
Parasitismo político.....	"	33
El mito político.....	"	85
Causas i efectos.....	"	129
Conclusión.....	"	187

